

***Crisis? What Crisis?* Los tipos de crisis en Gramsci y la interpretación de la crisis de hegemonía actual**

Javier Balsa (Universidad Nacional del Quilmes, CONICET)

In this article, a classification of the types of "Crisis" is elaborated from the analysis of the conceptualizations contained in the Prison Notebooks by Antonio Gramsci. Then, these conceptualizations are used to understand the current crisis of hegemony. Finally, some hypotheses are drawn about the possible impact of the Covid-19 pandemic on disputes about hegemony.

Crisis; Hegemony; Gramsci; Covid-19.

A mediados de los años setenta, la banda *Supertramp* produjo un disco titulado *Crisis? What Crisis?* La imagen de su tapa procuraba precisar el sentido de la pregunta: había un hombre que tomaba sol bajo una sombrilla, tratando de ignorar el mundo destruido y contaminado que lo rodeaba¹. En el actual contexto, atravesado por la pandemia del Covid-19, el interrogante del título y la imagen del disco pueden invitarnos a reflexionar sobre dos cuestiones. Por un lado, acerca de qué crisis estamos hablando cuando nos referimos a la actual. Y, por otro lado, en qué medida una mayoría de nuestros/as conciudadanos/as percibe que estamos en una crisis o, en realidad, niega su existencia y, al mismo tiempo, intenta disfrutar de lo poco o lo mucho que cada uno/a logra gozar independientemente del contexto². En este trabajo nos centraremos en el primer interrogante y, al final, abordaremos brevemente algunos aspectos del segundo.

Para poder reflexionar con mayor claridad y profundidad sobre las características de la crisis actual, vamos a dedicar toda la primera parte de este artículo a la conceptualización de los distintos tipos de crisis que Antonio Gramsci diferenció en sus *Cuadernos de la cárcel* (en adelante CC)³. En segundo lugar, emplearemos esta sistematización para aportar a la interpretación de la crisis de hegemonía que existía, en la mayoría de los países, antes de la llegada del Covid-19. Por último, trazaremos algunas hipótesis sobre el posible impacto de esta pandemia en esta situación, ya previamente crítica.

¹ Puede verse la imagen en https://en.wikipedia.org/wiki/Crisis%3F_What_Crisis%3F.

² Un contexto que siempre es un co-texto, es decir, está discursivamente significado.

³ En las citas textuales se consignará el número del Cuaderno y el del apartado, junto con el tomo y la paginación de la publicación de la editorial Era: GRAMSCI 1981-2000.

1. La categoría de “crisis” en los Cuadernos de la cárcel

Gramsci no sistematiza sus elaboraciones conceptuales sobre las crisis. De hecho, siempre las aborda de un modo específico, como fenómenos históricamente situados y, muy pocas veces, realiza generalizaciones (aspecto que, por otra parte, constituye una marca de su forma de trabajo). En este sentido, como lo plantea Michele Filippini, habitualmente el término aparece en los *Cuadernos de la cárcel* de forma adjetivada, como «crisis de un elemento específico»⁴. Así, se refiere a las mismas como «crisis de hegemonía», «crisis orgánica», «crisis de representación», «crisis de las costumbres», etc. Si bien existe un apartado titulado «La crisis» (CC15§5), también allí aborda una en particular: la de 1929. Por otro lado, en vez de pensar esta crisis como un fenómeno coyuntural y estrictamente económico, Gramsci busca sus orígenes en momentos notoriamente anteriores. Y, en el mismo apartado, afirma que las crisis son un fenómeno inherente al capitalismo y no una anomalía:

«El desarrollo del capitalismo ha sido una “crisis continua”, si así puede decirse, o sea un rapidísimo movimiento de elementos que se equilibraban e inmunizaban [...] Han sobrevenido entonces acontecimientos a los cuales se les da el nombre específico de “crisis”, que son más graves o menos graves, según se den elementos mayores o menores de equilibrio» (CC15§5, Tomo 5, p. 179).

En este fragmento se pueden observar, además, dos cuestiones que consideramos relevantes: que Gramsci conceptualiza la existencia de un gradiente de las crisis (de menor a mayor grado) y que la conceptualización de determinados acontecimientos como “una crisis” sería, esencialmente, una cuestión de nominalización.

Por otra parte, respecto a los tipos de crisis, en los *Cuadernos* diferencia las «crisis históricas fundamentales», de las «crisis económicas». Frente al interrogante de «si las crisis históricas fundamentales son determinadas inmediatamente por las crisis económicas» (CC13§17, Tomo 5, pp. 38-39), responde que:

«... se puede excluir que, por sí mismas, las crisis económicas inmediatas produzcan efectos fundamentales; solo pueden crear un terreno más favorable a la difusión de ciertos modos de pensar, de plantear y resolver las cuestiones que implican todo el desarrollo ulterior de la vida estatal» (CC 13§17, Tomo 5, p. 39).

⁴ FILIPPINI 2012, p. 55.

Sobre este aspecto, Fabio Frosini plantea que Gramsci «tiene gradualmente a unificar la acepción estrictamente político-hegemónica [...] con aquella más técnica de “crisis económica”»⁵. Mientras que, para Michele Filippini la centralidad que Gramsci le otorga a la cuestión política en la definición de una crisis, sugiere que está proponiendo una «ciencia política de la crisis»⁶. Al respecto, pensamos que lo que caracteriza, dentro de la teoría gramsciana, a toda crisis fundamental es que se trata de una crisis de hegemonía.

1.1. Las crisis fundamentales como crisis de hegemonía

Prestar especial atención a la dimensión política de las crisis, no debe confundirse con atenerse solo a las intrigas parlamentarias o a las referencias a la falta de valores o a la llamada «crisis de autoridad». Para Gramsci, resulta clave diferenciar entre un plano más fenoménico de las manifestaciones de la crisis, y un plano más profundo y determinante, caracterizado por la existencia de una «crisis de hegemonía». Si la hegemonía es presentada como el tipo de dominación característico del período que comienza en 1870, la posguerra muestra un primer momento en el cual esta hegemonía se pone en tensión. Sobre este punto, en el Cuaderno 1 señalaba:

«En el período de la posguerra, el aparato hegemónico se resquebraja y el ejercicio de la hegemonía se hace cada vez más difícil. El fenómeno es presentado y tratado con diversos nombres y bajo diversos aspectos. Los más comunes son: “crisis del principio de autoridad” – “disolución del régimen parlamentario”. Naturalmente, del fenómeno se describen sólo las manifestaciones centrales, en el terreno parlamentario y gubernamental, y se explican con el fracaso del “principio” parlamentario, del “principio” democrático, etcétera, pero no del “principio” de autoridad (este fracaso es proclamado por otros)» (CC1§48, Tomo 1, p. 124)⁷.

Al volver sobre estos temas en el Cuaderno 13, Gramsci incorpora sutiles correcciones en la escritura de este párrafo que remarcan esta diferenciación

⁵ FROSINI 2009, p. 177.

⁶ FILIPPINI 2012, p. 58,

⁷ En similar sentido, escribe acerca de lo que «se llama “crisis de autoridad”», pero que en realidad es que «la clase dominante ha perdido el consenso, o sea, [...] no es ya “dirigente”, sino únicamente “dominante”, detentadora de la pura fuerza coercitiva...» (CC3§34, Tomo 2, p. 37).

entre las descripciones fenoménicas y la realidad de una hegemonía que se resquebraja. Los términos usados para presentar estos aspectos fenoménicos son ahora «secundarios y derivados» (y no ya simplemente «diversos») y «triviales» (no solo «comunes»). Además, las manifestaciones se convierten en «teatrales», en vez de «centrales». Asimismo, Gramsci incorpora más claramente, en estas descripciones fenoménicas, las llamadas «“crisis” del principio de autoridad». Observemos la reescritura de todo el apartado, donde también incluye la idea de aleatoriedad:

«En el período de la posguerra, el aparato hegemónico se cuartea y el ejercicio de la hegemonía se vuelve permanentemente difícil y aleatorio. El fenómeno es presentado y tratado con varios nombres y en aspectos secundarios y derivados. Los más triviales son: “crisis del principio de autoridad” y “disolución del régimen parlamentario”. Naturalmente, del fenómeno se describen sólo las manifestaciones “teatrales” en el terreno parlamentario y del gobierno político y éstas se explican precisamente por el fracaso de algunos “principios” (parlamentario, democrático, etcétera) y con la “crisis” del principio de autoridad (del fracaso de este principio hablarán otros no menos superficiales y supersticiosos)» (CC13§37, Tomo 5, p. 81).

A continuación, Gramsci agrega a la descripción de las acusaciones de corrupción, que ya estaban en el Cuaderno 1 («seguramente en la realidad la corrupción es menor de lo que se cree», CC1§48, Tomo 1, p. 125), una comprensión más estructural de este fenómeno, en el sentido de que aclara que «todo el organismo político está corrompido por la ruina de la función hegemónica» (CC13§37, Tomo 5, p. 82).

Esta “crisis de hegemonía”, que explica todos estos problemas en la representación política, es caracterizada como una «crisis de comando y de dirección», en la cual el consenso «espontáneo» ha dejado de operar (CC4§49, Tomo 2, p. 188 y CC12§1, Tomo 4, p. 357). Frosini destaca la innovación que implica «focalizar esta crisis en la dinámica del desarrollo de los partidos políticos en relación a las clases sociales que ellos representan»⁸.

⁸ FROSINI 2009, p. 176. De todos modos, podemos agregar que esta es una cuestión que ya Marx había abordado al analizar la dinámica política de la revolución francesa de 1848 en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (Cfr. Balsa 2019a).

1.2. Tres tipos de crisis

En la argumentación de Gramsci acerca de las crisis es necesario formular dos distinciones claves: no toda crisis política constituye una crisis de hegemonía; y, dentro de estas crisis de hegemonías, habría que diferenciar aquellas que presentan un carácter orgánico, de las que no alcanzan esta entidad.

En relación a la primera cuestión, si bien, como analizamos, Gramsci se preocupa por señalar que detrás de las manifestaciones “teatrales” hay una crisis de hegemonía más profunda, en otros pasajes, de los mismos apartados, aclara que no siempre ha sido de este modo. Por ejemplo, las crisis parlamentarias francesas no llegan a constituir una crisis de hegemonía. Gramsci afirma que, en ese país, «desde 1789 hasta el Affaire Dreyfus», «la hegemonía burguesa es muy fuerte y tienen muchas reservas» (CC1§48, Tomo 1, p. 125 y CC13§37, Tomo 5, p. 82). Por lo tanto, las crisis políticas no tendrían tanta gravedad, y podrían ser más fácilmente resueltas. Incluso afirma que «la guerra no debilitó sino que reforzó la hegemonía» y agrega que «la crisis endémica del parlamentarismo francés indica que hay un malestar difuso en el país, pero este malestar no ha tenido hasta ahora un carácter radical» (CC13§37, Tomo 5, pp. 83-84).

Del análisis de todo el apartado 37 del Cuaderno 13, podemos concluir que los fenómenos de las “crisis parlamentarias”, o los que son presentados como “crisis de autoridad” o “crisis morales”, no implican necesariamente la presencia de una clara “crisis de hegemonía”. En este sentido, que Gramsci escriba que «las “crisis” parlamentarias gubernativas» pueden ser la forma en que se «corrige y supera» «un error de cálculo por parte de los dirigentes de las clases dominantes» (CC7§24, Tomo 3, p. 162), indicaría la posible presencia de *crisis políticas que no alcanzan a poner en riesgo la hegemonía*.

En relación a la segunda cuestión, existirían algunas crisis de hegemonía que tendrían la mayor gravedad: las “crisis orgánicas”. Gramsci señala la importancia de distinguir entre «movimientos orgánicos (relativamente permanentes)» y movimientos «de coyuntura», que se presentan como «ocasionales», «casi accidentales». Los primeros pueden generar una «crisis que en ocasiones se prolonga por decenas de años» (CC13§17, Tomo 5, p. 33). Una crisis orgánica implica un problema en la articulación entre

estructura y superestructura⁹. En esta falta de articulación se pueden discriminar dos tipos de fenómenos.

El primer grupo de situaciones remite al desarrollo de una contradicción entre la dinámica económica (crecientemente mundializada) y los ámbitos de resolución política (centrados aún en las instancias nacionales):

«Una de las contradicciones fundamentales es esta: que mientras la vida económica tiene como premisa necesaria el internacionalismo, o mejor el cosmopolitismo, la vida estatal se ha desarrollado siempre más en el sentido del “nacionalismo”, del “bastarse a sí mismos”, etcétera. Exasperación del elemento nacionalista económico» (CC15§5, Tomo 5, p. 179).

Históricamente, en el cambio de siglo, esta base estructural de la crisis orgánica generó una crisis de desarrollo y tensiones que condujeron a la primera guerra mundial. Además, estas contradicciones produjeron una fuerte disminución de la capacidad integradora del capitalismo, como señala Lelio La Porta¹⁰. Y esta incapacidad expansiva, podemos vincularla también a una disminución de la potencialidad del capitalismo para lograr la integración social. El siguiente fragmento, en el que Gramsci distingue la existencia de una mayor «crisis orgánica» en Inglaterra que en Alemania, puede interpretarse en este sentido, vinculando este tipo de crisis con la incapacidad para volver a dar empleo a los desocupados:

«Puede decirse que la desocupación inglesa, aun siendo inferior numéricamente a la alemana, indica que el coeficiente “crisis orgánica” es mayor en Inglaterra que en Alemania, donde por el contrario el coeficiente “crisis cíclica” es más importante. O sea que, en la hipótesis de una recuperación “cíclica”, la absorción de la desocupación sería más fácil en Alemania que en Inglaterra» (CC9§61, Tomo 4, p. 43).

El segundo tipo de fenómenos que caracteriza a las crisis orgánicas remite a la existencia de una falta de adecuación entre las subjetividades y el modelo de acumulación¹¹. Analíticamente podrían diferenciarse dos subtipos de inadecuaciones.

⁹ Más allá de que luego Gramsci relativice esta dicotomía (cfr. COSPITO 2016, pp. 49-94).

¹⁰ LA PORTA 2009, p. 181.

¹¹ Giuseppe Vacca recuerda que ya en los textos de 1920 sobre los Consejos planteaba que «el elemento determinante de la crisis es la mutación de la subjetividad que

Por un lado, el predominio de un determinado tipo de personalidad que no se ajustaría bien a los requerimientos de las innovaciones organizativo-productivas. Como Gramsci plantea en referencia a la industrialización de tipo fordista, «los nuevos métodos de trabajo son insolubles de un determinado modo de vivir, de pensar y de sentir la vida» (CC22§11, Tomo 6, p. 81). Así, el fordismo procuró, incluso, desarrollar una moral puritana y un control sobre la vida de los obreros para construir esta adecuación¹². Estos desajustes impactaban también sobre los modelos educativos y en el tipo de subjetividad que debían formar, dando lugar a «la crisis del programa y de la organización escolar, o sea de la orientación general de una política de formación de los modernos cuadros intelectuales». Esta crisis en el ámbito de la educación resulta un aspecto más y, a su vez, una «complicación» de una «crisis orgánica más amplia y general» (CC12§1, Tomo 4, p. 367).

Por otro lado, la inadecuación puede cobrar una significación más política en el caso que las subjetividades de los subalternos no solo no se adecuen, sino que impugnen el orden vigente. En este punto la crisis orgánica cobra toda su intensidad marcada por el carácter decididamente antagónico de la puesta en cuestión del orden socio-económico por parte las clases subalternas, en la medida en que propongan un proyecto hegemónico alternativo.

En esta línea argumental, Frosini afirma que «no cabe duda de que la crisis depende de la presencia de una propuesta hegemónica alternativa *global*, y este carácter global existe sólo si el proyecto en cuestión consigue articular, de manera coherente, *todos* los niveles de las relaciones de fuerza, desde el económico-social hasta el militar, pasando por el estrictamente político»¹³. De todos modos, para Frosini esta alternativa hegemónica muchas veces se perfila de manera borrosa. En un texto previo, el mismo autor había sostenido que «no es la “crisis” la que hace posible la unificación de las clases subalternas, sino que por el contrario, es esta unificación (cuando tiene lugar) la que genera una “crisis”...» y, por lo tanto, «el presupuesto decisivo de una

comprende tanto las fuerzas productivas como las relaciones sociales y las instituciones» (VACCA 2017, p. 153).

¹² Gramsci destaca que los esfuerzos para controlar la moral de las clases subalternas podrían echarse a perder en la medida que las clases altas norteamericanas dejaran de predicar con su ejemplo (CC22§10, Tomo 6, p. 80).

¹³ Cabe aclarar que Frosini no distingue explícitamente entre “crisis de hegemonía” y “crisis orgánica”, sino que escribe que «la crisis de hegemonía se enmarca en la noción de *crisis orgánica*» (FROSINI 2017, p. 60).

“crisis” es la construcción de una imaginación común de los subalternos»¹⁴. En el mismo sentido, Filippini interpreta que «el pasaje de lo ocasional a lo permanente no es dictado por la gravedad de las contradicciones, sino por la fuerza subjetiva alternativa que desafía al viejo orden»¹⁵.

Entonces, la crisis de hegemonía solo sería una crisis orgánica en los casos en que las contradicciones fueran difíciles de resolver, ya sea por tensiones entre la dinámica de acumulación global y las formas políticas nacionales, por el predominio de subjetividades no adecuadas al modelo de acumulación imperante, o por la presencia de proyectos hegemónicos alternativos.

Sin embargo, retomando la idea de Gramsci, que transcribíamos al comienzo, de que el capitalismo vive en continuas crisis, consideramos que las inadecuaciones entre globalización y Estados nación, o entre modelos de acumulación y subjetividades predominantes, pueden ser, de algún modo, transitadas por la dominación burguesa si no se le enfrenta un proyecto hegemónico alternativo. Por eso, acordamos con Frosini y Filippini cuando otorgan a este elemento una centralidad ineludible a la hora de definir la existencia de una crisis orgánica.

Dentro de las crisis orgánicas, corresponde hacer una breve referencia a la cuestión de la relación de las mismas con el concepto leninista de “situación revolucionaria”. Juan dal Maso ha precisado que el elemento que permite distinguir esta última situación es el «nivel previo de autonomía y organización de la clase obrera», así como «el grado de hegemonía alcanzado respecto de las restantes clases subalternas»¹⁶. De modo que, avanzando en nuestras distinciones analíticas, sería posible diferenciar entre *crisis orgánicas que se combinan con situaciones revolucionarias*, cuando el proyecto hegemónico alternativo plantea cambios revolucionarios, y *crisis orgánicas que no se articulan con situaciones revolucionarias*, cuando los proyectos alternativos no buscan cambios sociales radicales.

Por último, cabe destacar que no siempre que Gramsci habla de “crisis de hegemonía” está haciendo referencia a la presencia de una “crisis orgánica”, al menos si requerimos como un elemento indispensable de su existencia la constitución de un proyecto hegemónico alternativo. En ocasiones Gramsci explica la emergencia de crisis de hegemonía por fenómenos del nivel específicamente político, por problemas en la representación:

¹⁴ FROSINI 2010, pp. 195-196.

¹⁵ FILIPPINI 2012, p. 59.

¹⁶ DAL MASO 2016, p. 81.

«Si la clase dominante ha perdido el consenso, o sea, si no es ya “dirigente”, sino únicamente “dominante”, detentadora de la pura fuerza coercitiva, esto significa precisamente que las grandes masas se han apartado de las ideologías tradicionales, no creen ya en lo que antes creían, etcétera. La crisis consiste precisamente en el hecho de que lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer...» (CC3§34, Tomo 2, p. 37).

En el siguiente párrafo podemos observar que, en similar sentido, estas «crisis de hegemonía de la clase dirigente» no están directamente vinculadas con una propuesta alternativa, más allá de que el conjunto de reivindicaciones de las clases pequeño burguesas o campesinas puedan poner en jaque el orden político:

«... la crisis de hegemonía de la clase dirigente [...] se produce ya sea porque la clase dirigente ha fracasado en alguna gran empresa política para la que ha solicitado o impuesto con la fuerza el consenso de las grandes masas (como la guerra) o porque vastas masas (especialmente de campesinos y de pequeño burgueses intelectuales) han pasado de golpe de la pasividad política a una cierta actividad y plantean reivindicaciones que en su conjunto no orgánico constituyen una revolución» (CC13§23, Tomo 5, p. 52).

A modo de síntesis, en términos clasificatorios distinguimos, por un lado, entre *crisis de hegemonía* y *crisis políticas que no ponen en riesgo la hegemonía*; por el otro, dentro de las primeras, entre aquellas que constituyen *crisis orgánicas* y las que no llegan a esta entidad (esencialmente por la ausencia de un proyecto hegemónico alternativo) y son, por lo tanto, *crisis de hegemonía no-orgánicas*.

1.3. La fluidez entre los tipos de crisis y la hegemonía como luchas por la hegemonía

En los *Cuadernos de la cárcel* estos tres tipos de crisis políticas (de hegemonía orgánicas, de hegemonía no-orgánicas, y políticas que no ponen en riesgo la hegemonía) no presentan límites claros entre sí. Nuestra hipótesis es que Gramsci no establece nítidamente estas fronteras pues las piensa más en términos de un gradiente y no como tipos de crisis cualitativamente diferenciados.

Además, esta falta de una distinción clara tiene en Gramsci un fundamento en su propia concepción de la “objetividad” y de “lo estructural” que tiende a otorgar un peso al elemento subjetivo (entendido como capacidad colectiva para luchar en el plano ideológico) sumamente original dentro de la tradición

marxista¹⁷. Al respecto, a continuación, proponemos reconstruir con cierto detalle las indicaciones de Gramsci para distinguir los fenómenos “ocasionales” de los “orgánicos”.

Al comienzo del apartado 17 del Cuaderno 13, Gramsci se refiere, en términos que parecen deterministas, a las condiciones necesarias y suficientes para que determinadas tareas puedan ser resueltas históricamente: «ninguna sociedad se impone tareas para cuya solución no existan ya las condiciones necesarias y suficientes...», y la transformación social depende de que se hayan «desarrollado todas las formas de vida que están implícitas en sus relaciones...» (CC13§17, Tomo 5, p. 32). Además, insiste en distinguir a los movimientos orgánicos de los coyunturales u ocasionales.

Sin embargo, luego realiza dos afirmaciones que permiten comprender mejor su perspectiva. En primer lugar, afirma que es en el «terreno de lo “ocasional” sobre el cual se organizan las fuerzas antagónicas». Un terreno que está formado por los «esfuerzos incesantes y perseverantes» de «las fuerzas políticas operantes». Y es esta lucha la que resuelve (o no) la crisis orgánica. Y, en segundo lugar, aclara que la existencia de estas "condiciones necesarias y suficientes" dependerá de las relaciones de fuerza, y no de cuestiones meramente económicas. Son estas fuerzas antagónicas las que «tienden a demostrar [...] que existen ya las condiciones necesarias y suficientes para que determinadas tareas puedan y por lo tanto deban ser resueltas históricamente...» (CC13§17, Tomo 5, p. 33). Como puede observarse en el conjunto del fragmento, esta demostración y su “verdad” se obtienen con el triunfo político que posibilita la construcción de una nueva realidad:

«Estos esfuerzos incesantes y perseverantes [de las fuerzas políticas que buscan la defensa de la estructura] (porque ninguna forma social querrá nunca confesar haber sido superada) forman el terreno de lo “ocasional” sobre el cual se organizan las fuerzas antagónicas que tienden a demostrar (demostración que en último análisis solo se consigue y es “verdadera” si se convierte en nueva realidad, si las fuerzas antagónicas triunfan, pero que inmediatamente se desarrolla en una serie de polémicas ideológicas, religiosas, filosóficas, políticas, jurídicas, etcétera, cuya concreción es evaluable por la medida en que resultan convincentes y transforman el alineamiento preexistente de las fuerzas sociales) que existen ya las condiciones necesarias y suficientes para que determinadas tareas puedan y por lo tanto deban ser resueltas históricamente (deban, porque todo incumplimiento del deber histórico aumenta el desorden necesario y prepara catástrofes más graves)» (CC13§17, tomo 5, p. 33).

¹⁷ BALSÀ 2018.

Respecto a la cuestión de la “verdad”, en el Cuaderno 13, Gramsci la presenta como nueva realidad, en tanto que las transformaciones, al concretarse, modifican la percepción de lo que era verdadero. En la primera redacción, en el Cuaderno 4, había escrito: «las fuerzas que “tratan” de demostrar (con los hechos en último análisis, o sea con su propio triunfo...)» (CC4§38, Tomo 2, p. 168). En la nueva escritura ya no es solo una tentativa (no «tratan», sino que «tienden a demostrar») y esta demostración ahora «es “verdadera”». La redacción del Cuaderno 13 (elaborado entre mayo de 1932 y principios de 1934) fue contemporánea con la escritura del Cuaderno 11 (realizado entre mayo de 1932 y fines de 1932 o comienzos de 1933), según la datación elaborada por Gianni Francioni¹⁸. Y el Cuaderno 11 le ha permitido a Gramsci sistematizar mucho más claramente la forma en que piensa, de modo immanente, las relaciones entre verdad, objetividad, subjetividad y hegemonía¹⁹.

En un razonamiento similar, aunque centrado más en la cuestión de lo racional, y no de lo verdadero, en el Cuaderno 6 había afirmado que «solo la lucha, con su éxito, y ni siquiera con su éxito inmediato, sino con el que se manifiesta en una victoria permanente, dirá qué es lo racional o irracional, qué es “digno” de vencer porque, a su modo, continúa y supera el pasado» (CC6§10, Tomo 3, p. 17).

Por lo tanto, el «terreno de lo ocasional» y el plano de «lo orgánico» no constituyen instancias disociadas, sino un continuo, en el que la luchas político-ideológicas pueden lograr que lo «relativamente» constante, deje de serlo. En este sentido podemos interpretar la afirmación de La Porta acerca de que a través de la crisis de hegemonía se abre «el camino a la crisis orgánica»²⁰. De modo similar, Gramsci piensa la idea de “mercado determinado” e incluye en su transformación la necesaria irrupción de una “crisis orgánica”:

«El mercado es “determinado” por la estructura fundamental de la sociedad en cuestión, y, por lo tanto, hay que analizar esa estructura e identificar los elementos que, [relativamente] constantes, determinan el mercado, y aquellos otros “variables y en desarrollo” que determinan las crisis coyunturales hasta que incluso los elementos

¹⁸ FRANCIONI 1984, pp. 109-115.

¹⁹ FROSINI 2010 y BALSÀ 2018.

²⁰ LA PORTA 2009, p. 181.

[relativamente] constantes se modifican y hay una crisis orgánica» (Q8§216, Tomo 3, p. 332).

En esta cita, podemos ver que para Gramsci existen elementos “constantes” que determinan estructuralmente a este mercado, mientras que los elementos “variables” generan crisis coyunturales. Sin embargo, aclara que estos elementos son constantes solo “relativamente” (palabra agregada por el propio autor), y su modificación se vincula con la emergencia de una “crisis orgánica” que implica que ya no se los suponga como “verdaderos” o inmutables²¹.

Por lo tanto, si bien puede ser útil diferenciar analíticamente entre estos tres tipos de crisis (de hegemonía orgánicas, de hegemonía no-orgánicas, y políticas que no ponen en riesgo la hegemonía), sería un error hipostasiar estas diferencias, especialmente para el diseño de la estrategia política (como si el cambio en la conceptualización de una crisis autorizara el despliegue de una estrategia completamente diferente a la implementada hasta el día anterior).

La diferenciación, entre estos tres tipos de crisis, se comprende mejor si la inscribimos en un enfoque que conceptualice la hegemonía no en términos de presencia o ausencia, sino como permanentes luchas por la hegemonía entre distintos proyectos (vinculados con las distintas articulaciones de las clases). Porque son las distintas capacidades para imponer (o no) cada proyecto, las que establecen los grados de hegemonía. Consideramos que desarrollar esta perspectiva resulta más coherente con la centralidad que tiene el concepto de «relación de fuerzas» en la teorización general de Gramsci. Además, concebir la dinámica política en términos de luchas por la hegemonía permite despejar una serie de equívocos que la tradición gramsciana ha tenido cuando insistió en encontrar siempre situaciones de hegemonía o, dicotómicamente, de ausencia de hegemonía.

Si bien Gramsci no despliega claramente este enfoque, existen algunos fragmentos que autorizan avanzar en este sentido. Por ejemplo, en el Cuaderno 12 señala que «hoy se trata de la lucha entre “dos conformismos”, o sea de una lucha de hegemonía, de una crisis de la sociedad civil», y apuesta a que se cree «un nuevo “conformismo” desde abajo» (CC7§12, Tomo 3, p. 154). Luego, afirma que «hay lucha entre dos hegemonías, siempre» (CC8§227, Tomo 3, p. 339). Y, al reflexionar sobre la toma de conciencia, plantea que «la comprensión crítica de sí mismos se produce pues a través de una lucha de “hegemonías” políticas, de direcciones contrastantes, primero

²¹ Sobre la cuestión del “mercado determinado”, ver GUZZONE 2018.

en el campo de la ética, luego de la política, para llegar a una elaboración superior de la propia concepción de lo real» (CC11§12, Tomo 4, p. 253).

Giuseppe Vacca también interpreta a la hegemonía como lucha de hegemonías, y sostiene que Gramsci siempre la piensa de este modo²². Además, agrega que «la hegemonía es siempre el resultado de una lucha, presupone una pluralidad de sujetos que compiten entre sí por la dirección política del país, [por lo cual] es competitiva y reversible por principio»²³. En un sentido similar, Frosini plantea que «no hay hegemonía sin la formación, en el mismo acto, de una hegemonía alternativa potencial» y enfatiza que no debe pensarse la crisis de hegemonía como un «vacío de hegemonía»²⁴.

Conceptualizar la hegemonía, no como una mera presencia o ausencia, sino como luchas permanentes, permite ubicarse en una perspectiva no estructuralista²⁵, que puede tomar como base la concepción del lenguaje como disputa por las significaciones, como propuso Valentin Voloshinov²⁶. Entonces, siempre habría luchas por la hegemonía que solo en algunas ocasiones podrían resultar casi imperceptibles y, entonces, parecería que hubiera *una* hegemonía. En estos contextos, las crisis políticas no la afectarían: serían crisis coyunturales, de corta duración, y podrían ser habitualmente resueltas sin mayores concesiones a los sectores subalternos. En el otro extremo, cuando los proyectos de los sectores subalternos tienen mucha fuerza y han puesto en jaque al proyecto dominante nos encontramos con crisis orgánicas, que pueden tardar décadas en ser resueltas.

1.4. Las resoluciones de las crisis de hegemonía

Cuando Gramsci habla acerca de las «crisis resolutivas» es posible interpretar que se refiere a las coyunturas en las que las crisis de hegemonía son cerradas, al menos momentáneamente. Obsérvese que está introduciendo otro concepto de “crisis”, con una temporalidad acotada y vinculada a situaciones de importantes niveles de activación política colectiva: en una

²² VACCA 2017, p. 208.

²³ VACCA 2017, p. 217.

²⁴ FROSINI 2017, p. 59 y p. 61.

²⁵ BALSÀ 2019b.

²⁶ VOLOSHINOV 1992. Esto permitiría abandonar por completo la perspectiva saussureana de la lengua y la fijación de los significados e, incluso, también dejar de lado los problemas de una mirada posestructuralista (BALSÀ 2020a).

«crisis resolutive [...] los activos se cuentan por centenares de miles y quizá por millones», a diferencia de los «tiempos normales, cuando los elementos activos en la lucha política se cuentan por decenas de miles» (CC13§37, Tomo 5, p. 79). Al respecto, Frosini distingue la existencia de esta otra noción de “crisis” en Gramsci como momento clave, «retomando la acepción médica originaria, el punto culminante o resolutive de un proceso, connotado de un súbito cambio, positivo o negativo, que decide el curso de la enfermedad», y que indica, además, una situación de movilización colectiva²⁷. Cabe aclarar que la activación de sujetos por lo general pasivos, no implica necesariamente que se despliegue una crisis orgánica, pues la mayoría de ellos puede no adherir a un proyecto hegemónico alternativo. Tengamos presente que Gramsci escribe haciendo uso de la metáfora de la guerra de trincheras que, en «los Estados más avanzados», «la “sociedad civil” se ha vuelto una estructura muy compleja y resistente a las “irrupciones” catastróficas del elemento económico inmediato (crisis, depresiones, etcétera)». Por lo tanto, «durante las grandes crisis económicas»:

«... ni las tropas asaltantes, por efecto de la crisis, se organizan fulminantemente en el tiempo y en el espacio, ni mucho menos adquieren un espíritu agresivo; a su vez los asaltados no se desmoralizan ni abandonan las defensas, aunque se encuentren entre ruinas, ni pierden la confianza en su propia fuerza y en su futuro» (CC13§24, Tomo 5, p. 62).

Ahora bien, podríamos preguntarnos cuáles serían las formas de esta resolución. Si la crisis no ha llegado a poner en jaque una situación relativamente hegemónica, es probable que un conjunto de operaciones desplegadas en los planos político-ideológicos alcancen para cerrar esta crisis coyuntural. Sin embargo, si la crisis de hegemonía ha cobrado cierta dimensión, muy probablemente deberán desarrollarse procesos que combinen, por un lado, el otorgamiento de concesiones a los sectores que han puesto en cuestión el orden y, por otro lado, la aplicación de medidas coercitivas. En relación a la coerción, Gramsci escribe que, frente a los «momentos de crisis en el mando y en la dirección en que el consenso espontáneo viene a faltar», «el aparato de coerción estatal» «asegura “legalmente” la disciplina» de toda la sociedad, y no solo de los grupos que habitualmente «no “consienten” ni activa ni pasivamente» (CC12§1, Tomo 4, p. 357, y antes en Q4§49, Tomo 2, p. 188). Además, observa que, en estas

²⁷ FROSINI 2009, p. 175.

situaciones, «los viejos dirigentes intelectuales y morales de la sociedad sienten que les falta el terreno bajo los pies» y, entonces, desarrollan «sus tendencias reaccionarias y conservadoras», «gritan la muerte de toda civilización, de toda cultura, de toda moral y piden medidas represivas del Estado» (CC7§12, Tomo 3, p. 154).

Si la fuerza organizativa y la actitud combativa de los sectores subalternos se ha incrementado considerablemente, estos momentos de predominio de la coerción podrían no reducirse a los momentos “resolutivos”, sino que es posible que se requiera que se extiendan por varios años, o incluso décadas. La experiencia fascista le brinda a Gramsci un claro ejemplo de este tipo de situaciones²⁸. Es por este riesgo, de que la forma de resolución de una crisis de hegemonía devenga en la erradicación de la arena democrático-representativa, que podemos comprender/interpretar que Gramsci se refiera a las formas peligrosas de resolución:

«En cierto punto de su vida histórica los grupos sociales se separan de sus partidos tradicionales [...] no son más reconocidos como su expresión por su clase o fracción de clase. Cuando estas crisis tienen lugar, la situación inmediata se vuelve delicada y peligrosa, porque el campo queda abierto a soluciones de fuerza, a la actividad de potencias oscuras representadas por los hombres providenciales o carismáticos» (CC13§23, Tomo 5, p. 52).

Resulta llamativo que estas situaciones (que caracterizará como de “crisis de hegemonía”, o “crisis del Estado en su conjunto”) las presente como “peligrosas” y no como una coyuntura que abre la puerta a transformaciones revolucionarias. Consideramos que esta evaluación se debe a que se pone en riesgo la arena política relativamente democrática donde se resuelve la hegemonía. Al respecto, Vacca plantea que «no hay hegemonía sin democracia, ni puede haber democracia si el ejercicio ‘normal’ de la hegemonía se interrumpe o se agrieta», y «el presupuesto de la democracia es el pluralismo (no solo de los grupos sociales, sino también de sus organizaciones económicas y políticas) de la sociedad moderna»²⁹. Por ello, para él, «el concepto de hegemonía se contrapone al de dictadura»³⁰. En este

²⁸ En el resto del siglo XX, los ejemplos de dictaduras que duraron varias decenas de años, como las de España y Chile, nos muestran este tipo de secuencias.

²⁹ VACCA 2017, p. 198.

³⁰ Es que, «para Gramsci la dictadura, cualquiera sea la clase dominante, es expresión de *incapacidad hegemónica*, representa una forma “primordial” de la política

sentido, muy probablemente Gramsci haya evaluado al fascismo y su generalización como un peligro muy concreto para la disputa de la hegemonía por parte de las clases subalternas. De ahí que escriba acerca de esas «potencias oscuras representadas por los hombres providenciales o carismáticos», introduciendo una diferencia en relación con sus descripciones generales de los bonapartismos o cesarismos, en las que no habló de “potencias oscuras”, más allá de distinguir en su interior entre “progresivos” y “regresivos” (CC13§27, Tomo 5, pp. 65-68).

De todos modos, pareciera que para Gramsci, al menos en el mediano plazo, la dominación retornaría a sus formas hegemónicas, en las que el consenso parece «espontáneo» y la fuerza sostenida «en el consenso de la mayoría» (CC13§37, Tomo 5, p. 81). Un retorno que se daría a través de “revoluciones pasivas” o de “revoluciones-restauraciones”³¹. Es posible rastrear la exploración, en particular en el Cuaderno 22, de las formas en que el fascismo podría articularse (o no) con el americanismo para consolidar un dominio más estable. Más allá del caso italiano, Gramsci prevé que la combinación entre fordismo y americanismo se puede constituir en la forma en que la revolución pasiva logre reconstruir una hegemonía burguesa de largo plazo, tal como ocurrió en los países centrales durante la segunda mitad del siglo XX.

Sin embargo, desde fines del siglo pasado, pero sobre todo durante la última década, las “potencias oscuras” se han vuelto cada vez más poderosas y la “situación inmediata” se ha tornado extremadamente “delicada y peligrosa” pues, nuevamente, buena parte de nuestras clases dominantes han dejado de apostar a la dominación de tipo hegemónico. A continuación, abordaremos estas cuestiones empleando el instrumental conceptual que nos ha dejado este recorrido por las reflexiones de Gramsci sobre las crisis.

2. Lo novedoso de la crisis actual

Desde 2008 en adelante, se ha hecho evidente que existe una crisis de hegemonía en la mayoría de los países con regímenes democrático-representativos, es decir, en donde la dominación era de carácter

correspondiente a una fase “económico-corporativa” del grupo dominante y es no solo patológica sino también necesariamente transitoria» (VACCA 2017, pp. 196-197).

³¹ Procesos que deben distinguirse (Cfr. ALIAGA 2019).

hegemónico³². Esta crisis se traduce en una alta inestabilidad política, la emergencia de nuevos tipos de autoritarismos (combinados con irracionalismos y fanatismos) y la presencia de importantes tensiones entre perspectivas ideológico-políticas. Esta situación contrasta con el consenso cuasi-pospolítico que había a fines del siglo pasado, durante la edad de oro de la hegemonía neoliberal. Permanentemente se hace referencia a que existe una crisis de representación. Al mismo tiempo, las divisiones político-ideológicas han llegado a generar percepciones incompatibles acerca de la realidad, dando lugar a una enorme circulación de *fake news*. Es que las divergencias ya no afectan la forma de valorar los hechos o a cuáles dar centralidad en las descripciones, sino que discrepan acerca de qué acontece. Se han erosionado de tal manera las bases fácticas del sentido común que las descripciones completamente fantasiosas sobre la realidad ya han dejado de ser inverosímiles y son replicadas por millones de usuarios/as³³.

Sin embargo, todos estos fenómenos no logran ser claramente integrados en una caracterización de conjunto, que logre explicar los fundamentos de la actual crisis de hegemonía generalizada. Es decir, nos cuesta entender qué tipo de crisis tenemos en frente. Esta dificultad gnoseológica posee dos motivos fuertemente entrelazados entre sí. En primer lugar, la comprensión de la actual situación se obstaculiza por la falta de un proyecto que proponga una solución clara a esta crisis (es decir, de un sólido proyecto hegemónico alternativo). Debemos recordar que el conocimiento profundo de lo social requiere la trascendencia intelectual frente a lo dado. Se conoce porque se puede pensar en una realidad diferente, porque se puede ir más allá de la inmediatez de lo observable. De este modo, es posible razonar acerca de la historicidad de la situación actual y hacer inteligible la realidad sensible (SAMAJA 1994; ZEMELMAN 1992). Solo el racionalismo y el utopismo del Iluminismo permitieron criticar y, entonces, entender cabalmente el mundo del *Ancien Régime* y proponer transformaciones sociales que acabaran con los

³² Tal vez Alemania sea la excepción más notoria de esta crisis política del neoliberalismo.

³³ Este fenómeno es también impulsado por la fragmentación de la opinión pública en “burbujas informativas” potenciadas por los algoritmos propios de las redes sociales digitales (CALVO — ARUGETE 2020). La fragmentación extrema de la opinión pública podría terminar por disolver por completo esta arena común y, en ese caso, obligarnos a repensar toda nuestra teorización sobre la dinámica política moderna y la teoría de la hegemonía en particular.

restos del feudalismo y el esclavismo. Y, luego, solo la conjunción de la crítica marxista y el ideal de un proceso de transición socialista posibilitó la comprensión crítica de la sociedad capitalista. Obsérvese que, como planteaba Gramsci, estas críticas lograron desplegar su total capacidad gnoseológica en la medida en que trascendieron el plano de lo estrictamente académico-intelectual y se convirtieron en creencias sólidamente arraigadas en importantes porciones de la sociedad, al punto de tornarse, para muchos/as, en descripciones verdaderas y en guías para las conductas. Actualmente, la falta de un proyecto alternativo al capitalismo e incluso, más acotadamente, de algún modelo que, al menos, reemplace su versión neoliberal, constituyen limitantes estructurales para entender nuestra realidad.

En segundo lugar, el otro motivo que dificulta la comprensión de la crisis actual es la novedad de su carácter principal: la existencia de una profunda crisis de los proyectos societales, es decir, la carencia de proyectos verdaderamente hegemónicos, en tanto modelos en torno a los cuales sus representantes se propongan como conductores para dirigir la sociedad (y no solo para dominarla). Si la dominación de tipo hegemónico ha sido la forma política típica en los países capitalistas desarrollados desde 1870, su continuidad no parece asegurada pues esta ausencia de actitud hegemónica no solo abarca a los proyectos alternativos, sino también a los proyectos dominantes³⁴.

³⁴ La situación pareciera aproximarse a una de las descripciones de la realidad europea realizada por Gramsci (aunque en ese entonces, existían proyectos socialistas con relativa fuerza y, como ya comentamos, el americanismo-fordismo podría también llegar a cerrar esa crisis de hegemonía): «... podría decirse que hoy se verifica en el mundo moderno un fenómeno similar al del alejamiento entre lo “espiritual” y lo “temporal” en la Edad Media: fenómeno mucho más complejo que el de entonces, en cuanto que la vida moderna se ha vuelto más compleja. Los agrupamientos sociales regresivos y conservadores se reducen cada vez más a su fase inicial económica-corporativa, mientras que los agrupamientos progresistas e innovadores se encuentran todavía en la fase inicial igualmente económica-corporativa...» (CC6§10, Tomo 3, p. 18).

2.1. El fracaso del neoliberalismo como proyecto hegemónico

En los noventa, hubo un momento de fuerte hegemonía neoliberal. La misma fue tan potente que la burguesía internacional (con su comando militar norteamericano) y la mayoría de las burguesías locales apostaron a la expansión de las formas políticas de la democracia representativa en la mayoría de los países del mundo (exceptuando la estratégica región del Golfo Pérsico, donde continuaron sosteniendo monarquías fortísimamente patriarcales y de un elitismo extremo). Se sentían tan seguras de su capacidad de dominio ideológico-político que se animaron a construirlo dentro del terreno democrático en regiones del planeta donde casi nunca lo habían logrado. Entonces, en países en los que, en los años setenta o comienzos de los ochenta, las clases dominantes habían tenido que ceder a las demandas de democratización (como en la mayoría de los países de América Latina o del sur de Europa), en vez de apostar al retorno a las dictaduras, pusieron su empeño en la consolidación de coaliciones políticas neoliberales. En la gran mayoría de los casos tuvieron éxito en este objetivo, con nuevas fuerzas políticas, o con la reconversión al neoliberalismo de las fuerzas tradicionales. Las alternativas giraron en torno a fuerzas más reaccionarias o más “progresistas” pero todas ellas ganadas por el neoliberalismo. Para consolidar estos procesos, equipos de intelectuales orgánicos colaboraron en organizar e impulsar el involucramiento de la burguesía en apoyar esta construcción de la hegemonía neoliberal³⁵. A modo de ejemplo, podemos enumerar estos procesos de los años noventa en tres países latinoamericanos: en México, se osciló entre un PRI neoliberalizado y el siempre neoliberal PAN (que llegó a la presidencia a fines del año 2000); en Argentina, asistimos a la neoliberalización del peronismo y, como alternativa, a una alianza entre el radicalismo y una fuerza “progresista” que resultó respetuosa del programa hegemónico, y en Brasil, las opciones fueron la derecha tradicional, el centrista

³⁵ Para el caso brasileño contamos con el detallado análisis de este proceso realizado por CASIMIRO (2018). En PHILLIPS (2019, pp. 149-199) puede encontrarse un análisis de cómo operaron construyendo la conciencia de clase de la burguesía transnacional toda una serie de instituciones intergubernamentales (como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, la Organización Mundial del Comercio o el G20 y el G7), pero, sobre todo, un conjunto de grupos no gubernamentales (como la Comisión Trilateral, el Grupo de los 30, el Consejo de Riesgo Sistémico, el Foro Económico Mundial, o el grupo Bilderberg).

PMDB o el partido socialdemócrata (PSDB) que rápidamente también abrazó el neoliberalismo.

Algo similar ocurrió en Europa occidental donde la mayor parte de los partidos socialdemócratas adoptaron el programa neoliberal a través de la idea de la “tercera vía”. Incluso las transiciones poscomunistas de Europa oriental se caracterizaron por un drástico viraje en este mismo sentido.

Sin embargo, el neoliberalismo entró en crisis. Con el cambio de siglo, este proyecto perdió capacidad hegemónica en la mayoría de los países de América del Sur. Luego de vicisitudes y rebeliones (algunas de significativa intensidad), se fueron instalando, por la vía democrática, gobiernos de centro-izquierda o izquierda que tomaron menor o mayor distancia del neoliberalismo, en casi todas las naciones del continente: Venezuela, Brasil, Argentina, Uruguay, Bolivia, Nicaragua, Ecuador, Chile, Honduras, Paraguay y El Salvador.

Luego, la crisis de 2008 puso en cuestión el consenso neoliberal en los países capitalistas más desarrollados. Se evidenció que este proyecto había fracasado en su intento de impulsar un nuevo ciclo de crecimiento económico (incluso en revertir claramente la tendencia decreciente de la tasa de ganancia): los niveles de crecimiento en los países desarrollados, que eran de alrededor del 10% anual en las décadas de 1960 y 1970, se encuentran en las dos primeras décadas del siglo XXI en torno al 2%, cuando no sufren fuertes caídas como en 2008 y 2009. Lo paradójico es que, como ha titulado su libro Colin Crouch, ocurre *la extraña no-muerte del neoliberalismo*, en buena medida por el enorme poder político de las empresas, «característica ampliamente aceptada pero no democrática de nuestras constituciones de facto»³⁶.

2.2. El carácter de la crisis de la hegemonía neoliberal

Actualmente nos hayamos frente a la dificultad de cómo conceptualizar esta crisis del neoliberalismo. La misma posee una serie de elementos que se encuadran claramente dentro de las características de lo que Gramsci describe como “crisis orgánicas” ya que existen dos tipos de fuertes tensiones entre lo estructural y lo superestructural. Por un lado, la tensión que se deriva de una dinámica de acumulación que se ha internacionalizado no solo en el plano comercial, sino también en el financiero y en el productivo-industrial. Este proceso generó una competencia fiscal entre las naciones (para atraer a las

³⁶ CROUCH 2012, p. 226.

inversiones) que funcionó como una especie de “gatillo automático” que produjo un desvanecimiento de la capacidad político-regulativa de los Estados nacionales y, a la vez, obligó a la implementación de políticas cada vez más neoliberales³⁷. Sin embargo, la dinámica política de la elección de los gobernantes continuó estando en manos del voto popular y dentro de los límites de estos Estados nacionales. Entonces, cuando el proyecto neoliberal pierde todo dinamismo económico, se agudiza la contradicción, sobre la que escribiera Gramsci, entre el cosmopolitismo de la vida económica y el nacionalismo exasperado de la vida estatal. Así como esta contradicción, en otro momento, condujo hacia la primera guerra mundial, hoy asistimos al recrudecimiento de los nacionalismos, las “guerras comerciales”, las tensiones bélicas o, incluso, las intervenciones militares directas o sus amenazas. La carencia de instancias institucionales de resolución de estos problemas internacionales no hace más que incrementar la gravedad de esta situación³⁸.

Por otro lado, las tensiones entre estructura y superestructura características de las crisis orgánicas se observan también en el plano de las inadecuaciones entre formas típicas de subjetividad y dinámicas de acumulación. El capitalismo neoliberal requiere estructuras empresariales sumamente flexibles, basadas en una notoria expansión de la terciarización que permite que las grandes empresas se desresponsabilicen de las condiciones laborales, cada vez más caracterizadas por una precarización extrema. Se han desplegado toda una serie de operaciones mediático-discursivas para construir subjetividades que celebren la “independencia”, el “riesgo”, la “flexibilidad” y que perciban la precariedad en términos de “emprendedurismo”. Sin embargo, la gran mayoría de los trabajadores y trabajadoras rechazan estas condiciones laborales y sus formas de vida conexas. En general, sin modelos alternativos claros, elaboran una visión crítica desde su “buen sentido” o a partir de defensas corporativas que retoman, muchas veces, las discursividades y tradiciones sindicales o políticas propias de los años cuarenta a setenta (aunque, en algunos países, ha habido procesos identitarios combativos novedosos, como los “chalecos amarillos” franceses).

Si bien estos dos tipos de tensiones podrían autorizar a pensar que estamos frente a una crisis orgánica, consideramos que la falta de un proyecto hegemónico alternativo conduce a dejar de lado esta conceptualización. Si

³⁷ PIKETTY 2019.

³⁸ PIVA 2020.

retomamos lo que hemos concluido en el primer apartado, la crisis de hegemonía no se torna “orgánica” a menos que algún sector proponga otro ordenamiento social y sus representantes se postulen como capaces de conducir la sociedad en esa dirección.

Resulta claro que estos proyectos hegemónicos alternativos brillan por su ausencia. Por un lado, tenemos la profunda crisis del proyecto socialista. La izquierda no ha logrado recuperarse de la derrota que significó el derrumbe de la experiencia soviética. Ni el trotskismo, ni el eurocomunismo (y sus derivas), ni las “nuevas” izquierdas lograron recrear en las masas la ilusión de que es posible una transición al socialismo que evite los problemas del autoritarismo y el estancamiento económico. De modo que el proyecto socialista hoy no tiene capacidad para siquiera plantearse la disputa por la hegemonía. Por lo tanto, hoy todos los proyectos políticos con algún grado de adhesión en la ciudadanía, en la gran mayoría de los países, se mueven dentro de variantes del capitalismo.

Por otro lado, y en parte como resultado de esta crisis del proyecto socialista, asistimos en los últimos treinta años a un notorio desvanecimiento del proyecto socialdemócrata³⁹. Como todo proyecto de conciliación de clases requiere del compromiso de las clases fundamentales en moderar sus intereses en función de tener en cuenta parte de los intereses de la otra clase fundamental. Sin embargo, casi todos los burgueses han pasado a renegar de este compromiso. Sin el temor de que la clase obrera y otras clases aliadas promovieran una revolución comunista, dejaron de, como diría Gramsci, moderar sus “burdos intereses económico-corporativos”. Por lo tanto, abrazaron el credo neoliberal y pasaron a boicotear de forma abierta cualquier proyecto socialdemócrata. Esta situación ha dejado “girando en el aire” a esta fuerza política en tanto proyecto societal, la ha reducido a una discursividad progresista acerca de cuestiones no-económicas y ha producido la pérdida de gran parte del sustento electoral que tenían décadas atrás.

Entonces, si no hay proyectos hegemónicos alternativos y, por ende, no existe una crisis orgánica, cabe preguntarse si el neoliberalismo podría continuar siendo un proyecto hegemónico. Para lograrlo, tendría que “cerrar” (o más bien suavizar) las dos tensiones entre estructura y superestructura que hemos descrito y, a la vez, relanzar un ciclo de crecimiento económico

³⁹ Incluimos dentro del proyecto socialdemócrata a diferentes proyectos políticos (independientemente de su denominación) que, a mediados del siglo XX, se basaron en la conciliación de clases para lograr reducir las desigualdades dentro de modelos capitalistas de sociedad, tal como los engloba PIKETTY (2019).

mundial. En relación a este último requisito, el capitalismo nos ha sorprendido una y otra vez generando ciclos de crecimiento cuando la mayoría de los/as intelectuales de izquierda no los esperaban, demostrando su vitalidad y la actualidad del planteo gramsciano de que el desarrollo del capitalismo «ha sido una “crisis continua”».

Por otro lado, en cuanto a la tensión estructura/superestructura de carácter geopolítico, no puede descartarse que se arribe a cierta “paz económica” mundial. Obviamente, requeriría de muchas condiciones. Entre ellas, que la Unión Europea logre mejores grados de coordinación interna y en sus relaciones externas (en particular con la autoexcluida Gran Bretaña), que los países que han promovido posturas extremas las moderen (en especial los Estados Unidos; algo que probablemente ocurra con la próxima presidencia de Joe Biden) y que todo ello logre coordinarse con China. Pero son tan numerosos los intereses económicos cruzados y hay tanto para perder si las tensiones desembocan en una guerra comercial abierta (aun más si escala a conflictos bélicos) que resulta probable que primen los actores más racionales y se construya algún tipo de “paz económica”.

Es en el plano de la composición de intereses de clases y de la confianza en cierto grado de integración social donde parece estar el mayor problema para recrear la hegemonía neoliberal. Los dos obstáculos de este modelo serían la incapacidad para contener a la mayor parte de la burguesía, y su imposibilidad para integrar a las mayorías sociales.

El proceso de concentración económica está significando que solo la fracción más alta de la burguesía ha logrado consolidar altas tasas de ganancia. Así, en Estados Unidos, las empresas no financieras ubicadas dentro del decil más alto tuvieron, en 2014, rendimientos de las inversiones en capital que fueron cinco veces mayores a la mediana del conjunto de las empresas, cuando un cuarto de siglo antes esta proporción era de solo del doble⁴⁰. En general, estas ganancias extraordinarias están basadas en distintos tipos de rentas monopólicas o cuasi-monopólicas, destacándose el sector digital por el despliegue de prácticas que han aniquilado a casi toda posible competencia⁴¹.

Todo esto genera un proceso de hiperconcentración que parece no tener límites, y que promete reducir el mundo empresarial relevante a un puñado

⁴⁰ COUNCIL OF ECONOMIC ADVISERS 2016, p. 5.

⁴¹ SUBCOMMITTEE ON ANTITRUST, COMMERCIAL AND ADMINISTRATIVE LAW OF THE COMMITTEE ON THE JUDICIARY 2020.

de megaempresas⁴². Esta concentración no afecta a solo al sector manufacturero, sino que amenaza extenderse sobre todo el sector comercial y de servicios, a través de las ventas on-line (concentradas en unas pocas plataformas de ventas) y la expansión de las empresas que controlan la provisión de servicios (como los envíos de todo tipo de mercancías o el transporte organizado por Uber)⁴³. La profusa interpenetración entre las principales empresas, los grandes bancos y fondos de inversión, los medios de comunicación más concentrados y las propias calificadoras de riesgo genera mecanismos de cooperación entre los capitales más concentrados que les otorga un poder muy por encima del de los gobiernos y del resto de la burguesía⁴⁴.

Frente a esto, las fracciones menos concentradas de la burguesía y sus representantes políticos e ideológicos no logran establecer un “sentido de separación”, de “escisión”, en relación al modelo económico liderado por estas megaempresas⁴⁵. Esta incapacidad se vincula con dos factores. En primer lugar, estas megaempresas son el sector más dinámico de la economía y, por lo tanto, oponerse a su expansión es presentado como una “oposición al progreso”. Y, en segundo lugar, el resto de la burguesía está preso de la propia trampa de la ideología neoliberal, que hace aparecer como “el mercado” a un sistema económico concentrado, de carácter monopólico, que, en la práctica, es algo muy diferente al mercado, al menos en su descripción

⁴² Así, ya en 2011, un núcleo de 147 empresas estrechamente vinculadas entre sí, eran capaces de controlar el 40% del total del valor de todas las 43.000 empresas transnacionales (COHGLAN — MACKENZIE 2011), y las principales 737 empresas controlaban el 80% del valor total de estas empresas (VITALI — GLATTFELDER — BATTISTON 2011)

⁴³ Ya en 2019, es decir, antes de la llegada de la pandemia del Covid-19, las ventas minoristas por *e-commerce* eran el 12% del total de estas ventas en los Estados Unidos, cuando en 2010 había constituido solo el 4%.

⁴⁴ PHILLIPS 2019, pp. 54-61.

⁴⁵ Gramsci plantea que el «buen sentido» genera un «sentimiento de “distinción”, de “desapego”, de independencia apenas instintivo» (CC11§12, Tomo 4, p. 253). Este sentimiento, que también llama “sentimiento de escisión”, Gramsci reconoce haberlo tomado de Sorel (CC25§5, Tomo 6, p. 182). Como Gramsci había escrito, «el “pueblo” siente que tiene enemigos y los identifica sólo empíricamente en los llamados señores». «Este odio “genérico” es aún de tipo “semifeudal”, no moderno, y no puede ser aportado como documento de conciencia de clase: es apenas su primera vislumbre, es sólo, precisamente, la posición negativa y polémica elemental» (CC3§46, Tomo 2, p. 48).

clásica⁴⁶. Al mismo tiempo, esta ideología, al demonizar toda intervención estatal regulativa de estos “mercados”, impide que el resto de la burguesía pueda apelar a políticas que frenen el proceso de concentración y sean la base de algún modelo de acumulación capitalista diferenciado del neoliberal.

Por lo tanto, la mayor parte de la burguesía no logra contraproponer un proyecto político societal que frene el proceso de concentración y sus integrantes terminan adoptando un sentido de resignación, planteando que no hay futuro y refugiándose en cierto consumista “disfrute de la vida” (y algo similar ocurre con buena parte de los pequeñoburgueses que visualizan que no tendrán porvenir dentro de este modelo)⁴⁷. Pero resignación no significa apoyo a un proyecto societal. Sin el compromiso activo de la burguesía, o de la mayoría de la clase, le es muy difícil al neoliberalismo tener capacidad interpelativa hacia el conjunto de la sociedad.

El segundo motivo que obstaculiza la reconstrucción de la hegemonía neoliberal es su imposibilidad para integrar a las mayorías dentro de su modelo societal: ofrece a casi todos los integrantes de las nuevas generaciones de los trabajadores y trabajadoras empleos hiperprecarizados o la autoexplotación en pseudo-cuentapropismos totalmente subordinados a plataformas de megaempresas (como, por ejemplo, ser chofer con su propio auto o repartir productos en bicicleta). De modo que las megaempresas tienen dificultades objetivas para lograr presentar sus intereses particulares como los intereses generales y, muy probablemente, la mayoría no optará nunca racionalmente por este tipo de sociedad.

Ante esta incapacidad para proponer un modelo con una mínima integración social, un sector de esta altísima burguesía (sus “mentes más lúcidas”), sin sugerir un cambio en el modelo de acumulación, solicitan que les cobren más impuestos, de modo que el Estado pueda impulsar masivas

⁴⁶ CROUCH 2012.

⁴⁷ En nuestras investigaciones sobre los procesos de concentración en la producción agropecuaria en Argentina, hemos podido detectar esta actitud de profunda resignación entre la burguesía mediana o pequeña. En los últimos 30 años, la cantidad de unidades productivas se redujo a la mitad en la zona más fértil de Argentina, y, sin embargo, no hubo ningún tipo de acciones de protesta o de pedidos de una política que frenara o moderada este proceso de concentración. El odio a la intervención estatal, la confianza “en los mercados”, y la celebración del “avance tecnológico” dejaron a estas fracciones de clase totalmente desarmadas frente al avance de las empresas más grandes. Su único refugio fue convertirse en los pequeños rentistas que alquilan sus campos a estas empresas (BALSA — LIAUDAT 2020).

políticas asistenciales⁴⁸. Ellos y ellas temen que, sin estas medidas de contención, se desate una guerra de clases. Al respecto, el millonario norteamericano Nick Hanauer (fundador de Amazon), en un video que tuvo amplia difusión (y que fue censurado durante años por la propia organización TED), explica que sin estas políticas asistenciales, más tarde o más temprano, todos los “plutócratas”, como él se autodenominó, terminarán en “la horca”⁴⁹.

Pero, debemos diferenciar entre el despliegue de políticas asistenciales, que procuren frenar los estallidos sociales, y la construcción de una hegemonía en torno a un modelo de sociedad. Además, estos multimillonarios “progresistas” son claramente una minoría dentro de la alta burguesía. La mayoría de ellos y ellas solo piensan en la opción de encerrarse en sus condominios, en sus islas privadas, moverse en helicópteros, protegerse con sus ejércitos privados y dejar que el resto del mundo se hunda en la miseria⁵⁰.

De todos modos, no puede descartarse que, en algún momento futuro, este mundo socialmente dicotómico logre niveles de aceptación. En función de la falta de proyectos hegemónicos alternativos, puede que las distintas clases sociales vayan aceptando propuestas de subjetividades cada vez más resignadas a vidas altamente subordinadas al gran capital y a las posiciones laborales que este les ofrece. Como siempre, todo dependerá de la relación de fuerzas, especialmente en el plano político-ideológico. Sin embargo, pensamos que resulta poco plausible que esta adecuación alcance un grado tal que permita consolidar la dominación hegemónica del proyecto neoliberal. En todo caso, lo que seguramente va a ocurrir, en el corto y mediano plazo,

⁴⁸ Así, por ejemplo, unos ochenta “Multimillonarios para la Humanidad” han firmado una carta en la que manifiestan que «les pedimos a nuestros gobiernos que nos aumenten los impuestos. Inmediatamente. Sustancialmente. Permanentemente». Ya con anterioridad a la pandemia, se había conformado en Estados Unidos un grupo de grupo de unos 200 “Millonarios Patrióticos” que pedían que les subieran los impuestos.

⁴⁹ Pues, según Hanauer, «ninguna sociedad libre y abierta puede soportar este aumento en la desigualdad económica». Disponible en <https://tinyurl.com/4tax9zsr>.

⁵⁰ Una imagen clara de este futuro posible es el film *Elysium*, en el que se muestran dos mundos geográficamente dissociados: los ricos viviendo en una luna artificial, y la Tierra convertida en una generalizada villa miseria. Lamentablemente, esta imagen no se diferencia demasiado de la forma en la que viven los dos polos de muchas de las sociedades latinoamericanas o la estadounidense.

es la consolidación de dominaciones no-hegemónicas o solo parcialmente hegemónicas con un fuerte componente coercitivo.

2.3. La posibilidad de dominaciones de carácter no-hegemónico

Sin la posibilidad de proponer, ni en el presente, ni un futuro plausible, un modelo de sociedad mínimamente integrada, el proyecto neoliberal solo puede apelar a apoyos fanáticos y/o irracionales. Estos apoyos poseen tres fuentes: el consumismo (que ha operado como el sustrato del consenso neoliberal desde los años setenta); la ideología de la meritocracia y el individualismo, y la apelación al autoritarismo, tanto político como social.

El consumismo constituye la base consensual del neoliberalismo que se apoya más en las prácticas y los modos de vida, que en una ideología⁵¹. En las últimas décadas, se han expandido formas y niveles de consumo (incluyendo diversos tipos de bienes y servicios) de un modo que se han modificado sustancialmente los modos de vida de porciones mayoritarias de la sociedad. Obviamente, las diferencias entre las sociedades centrales y las periféricas son notorias, como así también entre las distintas clases sociales. Sin embargo, para buena parte de la mayoría de los habitantes urbanos del planeta los cambios en los consumos han sido notorios y les han permitido acceder a prácticas que, hasta hace pocas décadas, estaban reducidas a los sectores de ingresos altos o mediano-altos, como el *delivery* de comida, los teléfonos celulares “inteligentes” e, incluso, los coches con chofer. Por otro lado, este consumismo puede ocultar cada vez menos su inviabilidad ecológica y social. En este sentido, promueve ciudadanos que se piensan casi exclusivamente como consumidores, incluso que casi no-se-piensen, y que se limitan a disfrutar de la realización o, incluso, del mero deseo de los consumos a los que logran o aspiran llegar.

En cuanto a la meritocracia y el individualismo, podemos identificarlos como parte intrínseca de la ideología neoliberal, pero preexistieron a la misma e, incluso, podrían sobrevivirla. Son un sustrato de ideas propias del sentido común de la mayoría de las sociedades capitalistas. Así, en sus estudios sobre la sociedad norteamericana de mediados de la década de 1940, Theodor Adorno encontró un individualismo económico duro, que se manifestaba en

⁵¹ BALSÀ 2006.

la ausencia de toda «compasión con el pobre»⁵². Lo más irracional de este discurso meritocrático es que en la actualidad, con el desmantelamiento de la mayor parte del Estado de Bienestar, resulta obvio que las diferencias en los puntos de partida marcados por el origen de clase de cada individuo están determinando cada vez más las posibilidades de éxito o fracaso personal⁵³.

Por último, asistimos a una expansión del anticientificismo y del autoritarismo proto-fascista a través de la incentivación de los odios sociales, que explican la extraordinaria aparición de líderes políticos autoritarios, anticientíficos y, a la vez, neoliberales (en un claro contraste con otro tipo de dirigentes, que supo tener el proyecto neoliberal en las décadas anteriores, como Bill Clinton, Anthony Blair, o Fernando Henrique Cardoso). El recurso a los elementos autoritarios de la personalidad como base de sustento del fascismo y el autoritarismo fue tempranamente estudiado por Erich Fromm, para Alemania⁵⁴ y por Theodor Adorno, para los Estados Unidos⁵⁵. Dentro de esta misma tradición de la Escuela de Frankfurt, Wolfgang Streeck afirmaba en 2013 que, si el neoliberalismo ya no podía crear la ilusión de un crecimiento con justicia social, lo más probable era que propagase un modelo dictatorial de economía capitalista de mercado inmunizado contra todo correctivo democrático, manteniendo a los opositores en un estado de marginación ideológica, desorganización política y presión física⁵⁶.

Entonces, aunque no consiguen construir una hegemonía en el conjunto de la sociedad, las fuerzas neoliberales realizan una apelación al autoritarismo, tanto en su vertiente política (reclamando la protección del orden propietario, por encima de cualquier resguardo de los derechos y libertades), como en sus aspectos sociales (vinculados a la xenofobia, a los valores conservadores y al desprecio a los pobres). Así obtienen consensos activos de

⁵² ADORNO 2009, pp. 402-405.

⁵³ El ejemplo tal vez más evidente de esta realidad, es la relación “perfecta” entre la tasa de acceso de los jóvenes a la educación superior en Estados Unidos (incluso considerando los diplomas cortos de solo dos años) y los ingresos que poseen sus padres. En 2014, en el decil de ingresos menores, solo el 30% accedía, mientras que en el decil superior, lo hacía más del 90%. Pero, además, los incrementos entre ambos extremos mostraban una relación lineal casi total (PIKETTY 2019, p. 53).

⁵⁴ FROMM 2012. Fromm recién permitió en 1980 la publicación de este trabajo que estaba terminado a mediados de la década de 1930.

⁵⁵ ADORNO 2009.

⁵⁶ STREECK 2016, p. 166.

los grupos de fanáticos más o menos cercanos al autoritarismo o, directamente, al fascismo, que se manifiestan en un “discurso del odio”⁵⁷.

Por otro lado, el antiintelectualismo y el anticientificismo son actitudes que cada vez gozan de mayor extensión. El anti-intelectualismo ha sido una actitud propia de la derecha republicana en los Estados Unidos⁵⁸ y, en América Latina, fue también cultivada por las derechas autoritarias, en particular durante las dictaduras. Sin embargo, en los últimos años asistimos a un recrudecimiento de estas posiciones que se traducen en extraños fenómenos como la crítica a las vacunas, el auge del terraplanismo, la creencia en las más ridículas teorías conspirativas o la aceptación acrítica de increíbles *fake news*⁵⁹. Han reaparecido casi todos los elementos con los que Georg Lukács caracterizaba al irracionalismo: el desprecio del entendimiento y la razón, la glorificación lisa y llana de la intuición, una teoría aristocrática del conocimiento, la repulsa del progreso social e, incluso, la mitomanía⁶⁰.

Resulta claro que la consolidación del neoliberalismo requiere, al menos en la mayoría de los países, del despliegue de una base militante que solo la proveen grupos activados a partir del fanatismo autoritario y del anti-intelectualismo y anti-cientificismo. Sin embargo, muy difícilmente estos grupos consigan constituir las mayorías electorales que permitan, por sí solas, consolidar la victoria democrática del neoliberalismo. Para ello este proyecto necesita lograr el apoyo de otros sectores que son interpelados desde el consumismo y/o desde el discurso meritocrático-individualista, y que, en general, se han vinculado a identidades autoproclamadas como “apolíticas”, cuando no hacen gala de una decidida actitud “anti-política”. En otros casos, se acercan más a identidades autopresentadas como “republicanas”, en clara oposición a lo que califican como “populismos demagógicos”. El verdadero “arte” de los intelectuales orgánicos del neoliberalismo ha sido conseguir que, en la mayoría de los países, no se construya un “sentido de separación” o de

⁵⁷ Estudios realizados en Argentina han encontrado una fuerte asociación entre actitudes autoritarias y preferencia por las ideas neoliberales (IPAR 2018).

⁵⁸ Véase FRANK (2004).

⁵⁹ Algunos estudios muestran una clara asociación entre estas actitudes anti-científicas y las identidades políticas de derecha. En Estados Unidos, había una importante diferencia entre demócratas y republicanos en la confianza en los científicos, ya antes de la llegada de la pandemia: 43% y 27%, respectivamente (FUNK ET AL. 2019). En relación a la receptividad a las teorías conspirativas sobre la pandemia era el doble entre los republicanos que entre los demócratas (MITCHELL ET AL. 2020).

⁶⁰ LUKÁCS 1983, p. 9.

“escisión” entre autoritarios y “apolíticos” o, incluso, entre autoritarios y “republicanos”⁶¹. Además del cuidado que han tenido los intelectuales y los medios de comunicación concentrados para que no se generen oposiciones insalvables entre estas identidades, también han sabido cultivar una articulación que tenía una historia previa: la perspectiva “antipopular” que compartían estos diferentes grupos. Es que la diversidad de perspectivas existente entre los simpatizantes del centro-derecha y los de la ultraderecha, o entre los “republicanos” y los “nacionalistas”, o entre fanáticos y apolíticos, esconde afinidades profundas alrededor de una posición claramente contraria a cualquier política de carácter “popular” o medianamente reparadora de las injusticias sociales. En el caso argentino se traduce en un renovado “antiperonismo”, en el brasileño, en el “antipetismo” y en el norteamericano, en tildar de “socialista” a cualquier política favorable a una mínima justicia social⁶².

Lo que resulta claro es que, a pesar de presentar discursividades muy diferentes, en las coyunturas claves (elecciones, pero también golpes institucionales o cuasi-institucionales) las fuerzas del centro a la derecha (por arriba) y las subjetividades antipopulares de todo tipo (por abajo) saben unirse, logrando esa “unidad en la acción”, que las izquierdas muchas veces han pregonado, pero en pocas ocasiones concretado. En esos momentos determinantes, todo este entramado de actitudes consumistas, meritocráticas, autoritarias, anticientíficas y antipopulares es articulado en torno al candidato/a con mejores posibilidades de darle continuidad al modelo neoliberal (aunque no sea en forma explícita) y, en muchas ocasiones, se consigue que se imponga, a pesar de que el neoliberalismo sea incapaz de proponer un modelo social integrativo.

Se va abriendo así la posibilidad de que se consoliden formas de dominación no-hegemónicas o solo parcialmente hegemónicas, sobre todo si el control del aparato del Estado se articula con el manejo de los medios concentrados de comunicación para lograr una sustancial reducción de la participación política de buena parte de los sectores subalternos, la desinformación de las mayorías y la creciente imposición de medidas autoritarias. Para la aplicación de la coerción, además del recurso a las fuerzas policiales y militares, estos proyectos autoritarios pueden contar con el apoyo

⁶¹ La excepción más notoria parece ser la de Francia.

⁶² Para dar cuenta de estos fundamentos claramente antipopulares del “antiperonismo” puede consultarse GRIMSON (2019) y para el “antipetismo”, SOUZA (2017).

de las fuerzas de choque (más o menos organizadas) de los fanáticos de ultraderecha y, también, con las milicias privadas de las empresas de seguridad globales, que han expandido su importancia de formas impresionantes en las últimas décadas⁶³.

Es probable que estos procesos no tengan *una* instancia resolutive. Es más factible que una serie de coyunturas vaya definiendo este derrotero, sobre todo en las coyunturas electorales que pueden consolidar opciones autoritarias (como las elecciones de Trump o Bolsonaro). Sin embargo, hemos visto que estos triunfos no les permiten avanzar rápidamente en la consolidación de regímenes altamente autoritarios, del modo en que lo hicieron los fascismos de hace cien años. Pareciera que se los impiden los propios marcos institucionales y el hecho de que parte de la burguesía (en especial de sus capas más altas) defienden estos marcos por las garantías que les proveen ante las posibles arbitrariedades de estos líderes autoritarios o el caos al que pueden conducir al mundo (tal vez una porción de la clase dominante algo haya aprendido de las desastrosas experiencias fascistas). De todos modos, resulta muy riesgoso, confiar en las burguesías como garantes del orden democrático. Sabemos que la base de la preservación de los regímenes democráticos nace del rechazo popular frente a estos proto-autoritarismos. Ahora bien, cabe preguntarnos si estos rechazos al avance autoritario podrán construir un proyecto hegemónico alternativo o serán solo actitudes defensivas.

2.4. Las coaliciones anti-neoliberales, su relativo “jacobinismo” y las tensiones en su interior

Desde una mirada impregnada del gramsciano “optimismo de la voluntad”, asistimos la formación de coaliciones de las fuerzas de centro-izquierda e izquierda (con la excepción de los partidos trotskistas) en Argentina, España, México y Portugal (en alguna medida también en Brasil y en Italia), entre otros países. En estas experiencias confluyen diversas tradiciones políticas: las fuerzas nacional-populares, la socialdemocracia, las izquierdas populares y los diversos partidos de izquierdas más tradicionales, con el apoyo de dirigentes sindicales, movimientos sociales y la “marea feminista”. Pareciera que todos estos espacios hubieran comprendido que

⁶³ PHILLIPS 2019, pp. 228-235.

solo su unión y la articulación de sus mejores aportes (dejando de lado sus sectarismos) pueden vencer a un neoliberalismo que, aunque se halla en crisis, mantiene una gran capacidad electoral. En otros países, con tradiciones políticas bipartidistas, podemos observar que dentro de los partidos centristas han cobrado mayor impulso sus corrientes de izquierda (por ejemplo, los sectores representados por Bernie Sanders dentro del partido demócrata norteamericano, o los encabezados por Jeremy Corbyn dentro del laborismo británico).

En estas confluencias, los sectores de centro-izquierda parecen aceptar la necesidad de incorporar los aires de renovación que traen las nuevas izquierdas, con su militancia, su espíritu de confrontación y de recreación de ideales políticos. Y, desde el otro lado, las viejas y nuevas militancias del amplio abanico de “las izquierdas” perciben que las mejores posibilidades de incidir sobre la realidad o, incluso, acumular fuerzas para un futuro medianamente cercano, pasan por el triunfo de estas coaliciones que impidan la consolidación en el poder del neoliberalismo y el autoritarismo, aunque sea a costa de moderar las políticas que se impulsarán una vez a cargo del Estado.

La mayor dificultad de estas coaliciones es poder definir un proyecto alternativo, que no sea una mera impugnación al modelo neoliberal. De todos modos, este rechazo, si fuera claro (cabe aclarar que no siempre lo es), permite delimitar tres ejes político-ideológicos centrales para este posible proyecto: en primer lugar, la denuncia de que detrás del discurso “pro-mercado” en realidad se esconde la consolidación de monopolios y oligopolios que impiden el despliegue de un mercado verdaderamente competitivo; en segundo lugar, el acuerdo en que esta lógica de mercado tiene que estar acotada a determinadas áreas de la economía, mientras que otras deben ser debatidas democráticamente y planificadas desde el Estado, y, en tercer lugar, cierto consenso en que las cuestiones sociales no tienen que estar regidas por el mercado (como la educación, la salud, la equidad entre los géneros, el uso del suelo o el cuidado del medio-ambiente, por dar solo los ejemplos más evidentes).

Sin embargo, estos principios no alcanzan para conformar un proyecto alternativo. Será imprescindible que estas coaliciones sepan construir espacios colectivos y democráticos para el debate y la elaboración de un programa común. Dos problemas principales se le presentan a esta construcción: conseguir un apasionamiento en torno a este proyecto y las tensiones que surgen a partir de su carácter necesariamente “jacobino”. Para lograr el apasionamiento en torno al proyecto, como decía Gramsci, este no deberá ser

una «fría utopía» ni un «doctrinario raciocinio», sino la «creación de una fantasía concreta» que actúe «sobre un pueblo disperso y pulverizado para suscitar y organizar en él la voluntad colectiva» (CC13§1, Tomo 5, p. 13). Surgen aquí algunas dificultades, por un lado, la tensión entre el carácter “mítico” (y por lo tanto no criticable) de este proyecto y la necesidad de que, como decíamos, su elaboración sea crítica y colectiva; por el otro, la contradicción entre promover una actitud antagonica que movilice a las voluntades combativas, e interpelar también a las subjetividades más moderadas (imprescindibles para el triunfo electoral de la coalición).

El segundo problema nace de la necesidad que tienen estas coaliciones de desarrollar una actitud “jacobina” que permita trascender representaciones de clase demasiado ganadas por la resignación o la burocratización. Esta actitud genera una tensión entre la dirección “jacobina”, y las clases y sus representantes.

Para comprender mejor esta cuestión debemos regresar brevemente a Gramsci y analizar sus apreciaciones sobre el fenómeno “jacobino”. En los *Cuadernos* reivindica la capacidad de esta fuerza política para imponerse por encima de la conciencia de las clases y, a través de la acción estatal, consolidar los proyectos transformadores:

«...los jacobinos [...] en realidad se “impusieron” a la burguesía francesa, conduciéndola a una posición mucho más avanzada que la que los núcleos burgueses primitivamente más fuertes habrían querido “espontáneamente” ocupar...» (CC19§24, Tomo 5, p. 400).

Gramsci completa esta oración señalando que «e incluso mucho más avanzada que la que las premisas históricas debían consentir, y de ahí los contragolpes y la función de Napoleón I» (CC19§24, Tomo 5, p. 400). Lo que sugiere que, si se avanza más allá de las condiciones históricas posibles, seguramente se tendrá que retroceder luego⁶⁴. Y, a continuación, generaliza planteando que el «rasgo característico del jacobinismo» y «de toda gran revolución» es el «de forzar la situación (aparentemente) y de crear hechos consumados irreparables, empujando a la burguesía a fuerza de patadas en el trasero, por parte de hombres extremadamente enérgicos y resueltos» (CC19§24, Tomo 5, p. 400). Aunque el rasgo clave de su empuje fue que

⁶⁴ Vemos que, si Gramsci ya en los años veinte había revisado sus iniciales posiciones anti-jacobinas, en los *Cuadernos* encontramos una clara valoración del jacobinismo (GALASTRI 2010).

«estaban convencidos de la absoluta veracidad de las fórmulas sobre la igualdad, la fraternidad, la libertad y, lo que importa aún más, de tales verdades estaban convencidas las grandes masas populares que los jacobinos movilizaban y llevaban a la lucha». Al mismo tiempo, el otro elemento de este éxito fue la creación de un Estado burgués que les permitió concretar su programa (CC19§24, Tomo 5, p. 401-402).

Las limitaciones en el accionar de los jacobinos surgieron por su encasillamiento dentro de los intereses de la burguesía. Así Gramsci señala que destruyeron su propia fuerza «al permanecer siempre en el terreno de la burguesía», como se observa cuando «no quisieron reconocer a los obreros el derecho de coalición» (CC19§24, Tomo 5, p. 402). Queda abierto el interrogante acerca de si el propio jacobinismo hubiera podido trascender estas limitaciones de clase y, de este modo, mantenido su dinamismo político.

Las fuerzas de centro-izquierda e izquierda que estuvieron en el poder estatal en América Latina durante las dos primeras décadas de este siglo, presentaron algunas características “jacobinas”: cierta independencia de la clase, impulsando proyectos que excedían los niveles de conciencia de las direcciones corporativas de la burguesía industrial y de los/as trabajadores/as, y la búsqueda de la constitución de la unidad del sujeto político popular⁶⁵. Analizando estas experiencias para pensar la estrategia política de las nuevas coaliciones resulta útil tener presente cinco tensiones propias de la relación entre “jacobinismo” y clases sociales. Tensiones que no deberían ser conceptualizadas como contradicciones insalvables sino, por el contrario, como “tensiones creativas” que se despliegan en todo proceso emancipatorio (GARCÍA LINERA 2011).

En primer lugar, existe una tensión entre la lógica política jacobina y la dinámica de la representación más estrecha de cada una de las clases. En los procesos latinoamericanos no faltaron desavenencias entre los dirigentes corporativos (sean sindicales, empresariales o de los movimientos sociales) y una dirección política cada vez menos vinculada con ellos. En varios casos, en los momentos claves, estas dirigencias restaron sus apoyos, contribuyendo a las derrotas de los gobiernos populares (sea en forma electoral o a través de golpes institucionales o más abiertamente basados en las fuerzas armadas): Honduras en 2009, Paraguay en 2012, Argentina en 2015, Brasil en 2016, Ecuador en 2017, Chile en 2018, Bolivia en 2019 y Uruguay en 2020. Aunque también es cierto que la centralidad del plano de lo estatal en la construcción

⁶⁵ CORTÉS 2017, p. 91.

política reforzó estas tensiones y conspiró contra la construcción del poder popular más autónomo desde las organizaciones sociales y sindicales⁶⁶.

En segundo lugar, existe el problema de que estos proyectos no pueden dejar de depender de fracciones burguesas que tienden a brindar apoyos solo transitorios o, incluso, forzados. En el plano económico, estos proyectos dependen de que estas burguesías reinviertan sus ganancias, pues, de otro modo, la economía se estanca y peligran los apoyos electorales (en especial de los sectores ubicados en el centro del espectro ideológico). Y, en el plano político estas fracciones burguesas casi siempre han traicionado en los momentos de mayor confrontación, y seguramente lo volverán a hacer, pues no sienten que forman parte de estos proyectos.

Por eso resulta clave la capacidad de la fuerza jacobina para dirigir a la burguesía y “disciplinar” su conducta, esencialmente logrando que reinvierta sus ganancias. Para conseguir este objetivo pueden combinarse concesiones económicas (en particular en términos de protegerla de la competencia externa), el establecimiento de canales de diálogo para integrarla en la planificación del desarrollo, y un férreo control para evitar que fuguen sus ganancias al exterior. Pero el elemento esencial para lograr esta “integración” burguesa dentro del proyecto es que no pueda apostar a la reinstauración del modelo neoliberal, que el horizonte político de mediano plazo sea la ineludible continuidad del gobierno de la coalición de centro-izquierda e izquierda. Y este objetivo se logra, fundamentalmente, con holgados triunfos electorales. Estos son mucho más efectivos si se obtienen firmes mayorías absolutas y no solo una sustancial distancia con las siguientes fuerzas por efecto de la fragmentación de los partidos neoliberales, pues estos siempre pueden unificarse para la siguiente elección⁶⁷.

En tercer lugar, se encuentra la tensión entre antagonizar o conciliar. Este jacobinismo se caracterizó, en algunas de las experiencias latinoamericanas

⁶⁶ La cuestión se agrava cuando la fuerza jacobina se caracteriza por ser eminentemente política y no desarrolla sus propias fuerzas sindicales o corrientes empresariales. Pero, incluso en los casos en los que buena parte de la dirigencia de estas fuerzas jacobinas provengan de la militancia social, surge la tensión de su potencial desvinculación de sus bases. Ver las interesantes reflexiones sobre este tipo de tensiones realizadas por GARCÍA LINERA (2011).

⁶⁷ Obviamente, luego hay que saber traducir esta fuerza política en un avance sobre el poder judicial y los sectores del aparato burocrático del Estado que, de otra forma, se pueden transformar en obstáculos insalvables de un proceso de transformación social.

recientes, por desplegar una narrativa antagonista contra el poder económico concentrado o de oposición al *establishment*. De este modo, lograron generar un sentido de separación (“pueblo/oligarquía”), que politizó a sus bases militantes y de simpatizantes. Esta movilización partidista intensa les ha permitido a algunas de estas fuerzas retornar democráticamente al poder en algunos países (como en Argentina en 2019 y en Bolivia en 2020), mientras que donde ha faltado este discurso confrontativo y este relato constructor de la unidad popular contra las elites, la fuerza política ha perdido capacidad movilizadora. El ejemplo más claro en este sentido ha sido el del PT en Brasil (BALSA 2020b).

Sin embargo, esta misma radicalización discursiva condujo al alejamiento de los sectores más moderados, que no se sentían a gusto en este tipo de enfrentamientos. En el plano electoral esto llevó a la derrota de varios gobiernos populares. El problema es que para volver a interpelarlos exitosamente hubo que suavizar la agonalidad de las propuestas y discursos e, incluso, la actitud “jacobina” tendió a desvanecerse. Aquí el “arte de la política” muestra toda su importancia: desplegar diversas discursividades que contengan a los que gustan de la moderación y el diálogo, al tiempo que no se pierda la agonalidad que garantiza la movilización de la fuerza propia. Se trata de aprender de la capacidad articuladora de discursos diversos que ha sabido cultivar la derecha, como ya hemos analizamos. Pero un “jacobinismo light” puede constituirse en un verdadero oxímoron.

En cuarto lugar, estos caminos “jacobinos” se caracterizan por combinar una diversidad de formas de producción de difícil articulación. A semejanza del modelo de desarrollo chino debería combinarse el despliegue (o mantenimiento) de un importante sector estatal de la economía, que se integre, por un lado, con un mayoritario sector capitalista (que incluya al capital más concentrado, pero también a la burguesía mediana e, incluso, a la pequeña) y, por otro lado, con diversos sectores cooperativos y de la economía popular. Resulta muy difícil conciliar intereses y tradiciones político-ideológicas de actores tan disímiles, en particular si existe un sistema de medios de comunicación altamente concentrado y, usualmente, jugando en contra del proyecto “jacobino” y criticando su “autoritarismo”.

La mejor garantía de articulación pareciera pasar por otorgar un fuerte papel rector al Estado, tanto en la regulación de la economía, como en el reordenamiento de la sociedad. En este último punto, los gobiernos latinoamericanos de centro-izquierda e izquierda se caracterizaron por promover procesos de equidad e integración social que modificaron

sensiblemente las relaciones de poder entre las clases sociales. En el plano más estrictamente económico, esta centralidad del Estado los hizo menos vulnerables a los posibles vaivenes de los apoyos burgueses, aunque de ningún modo invulnerables, como muchos parecieron creer.

Las formas políticas de la articulación parecieran tener fuertes implicancias. Formas basadas en el parlamentarismo podrían armonizar mejor los intereses, pero a costa de desarrollar narrativas menos antagónicas, menor movilización popular y una fuerte dependencia de equilibrios parlamentarios, casi por definición, inestables. Podemos decir que las meras coaliciones parlamentarias difícilmente puedan asumir actitudes “jacobinas”. Articulaciones más presidencialistas, en general, logran incrementar la adhesión de la base popular en función de liderazgos de tipo carismático, aunque muchas veces a costa de obtener una participación de la militancia en el debate político. Además, habitualmente, este tipo de liderazgos generan escasos sentimientos de representación en los sectores moderados. Por último, la forma de articulación china, con un partido único y un control rígido de la opinión pública, puede funcionar para “conciliar” a todos estos sectores (en todo caso internalizando las tensiones dentro del partido comunista), pero no opera como un ejemplo a proponer si se busca mantener y profundizar la dinámica democrática.

Como quinta y última tensión no quisiéramos dejar de señalar la que surge en torno al sentido final de este proyecto hegemónico alternativo. En el esquema (relativamente estático) de Eric Olin Wright, la conciliación requiere la promesa de no resolución⁶⁸. La burguesía debe prometer no volver al “capitalismo salvaje” y el proletariado no avanzar hacia el “socialismo”. Sin embargo, la base militante de los sectores de izquierda de la coalición difícilmente mantenga su combatividad e, incluso, la aceptación de las concesiones ideológico-políticas que debe realizar en el marco de esta conciliación de clases y de esta alianza política, si no posee un ideal utópico que le otorgue un sentido más trascendental a estas aceptaciones coyunturales. El problema que, entonces, persiste es el de cómo vincular estos proyectos con una recuperación del proyecto socialista, de contenido anticapitalista. Cabe aclarar que esta es una dificultad de las izquierdas, y no de los sectores pro-burgueses dentro de la coalición (más allá de que, previsiblemente, estos se opongan a darle este sentido al proyecto). Es decir, las izquierdas que forman parte de la coalición no deben “descansar” en la denuncia de

⁶⁸ WRIGHT 2018.

“traición” o “tibiaza” de los sectores moderados de la misma, sino que deberían abordar seriamente las dos cuestiones centrales de esta tensión: el recrear cierto ideal de sociedad socialista al que las masas puedan anhelar llegar, y pensar formas en las que pueda operarse la transición entre el modelo “jacobino” y ese socialismo.

3. Posibles impactos de la pandemia del Covid-19 sobre este contexto

La llegada de la pandemia del Covid-19 tiene impactos en el plano de lo político y lo ideológico todavía difíciles de dilucidar. Hoy contamos con poca información sobre cómo ha afectado la dinámica política. Pareciera que, en los países donde primaron medidas de cuidado de la vida (en general, aquellos donde regían las coaliciones de centro-izquierda e izquierda, pero también en Alemania), en los primeros meses se observaron altos niveles de aprobación hacia sus gobiernos, con independencia de las posiciones partidarias de las y los ciudadanos (con excepción de aquellos y aquellas ubicados en la extrema derecha, y cierta intelectualidad crítica del excesivo “control estatal”). Sin embargo, con el correr del tiempo, ha retornado la polarización política en la mayoría de esas naciones.

En los países en los que los gobiernos de derecha priorizaron mantener la economía funcionando, autorizaron los despidos y no cuidaron la vida, la ciudadanía se dividió en dos sectores opuestos según sus identificaciones políticas previas. Así, por ejemplo, en Estados Unidos casi todos los republicanos apoyaban la forma en que Trump estaba manejando la crisis de la pandemia, mientras que prácticamente ningún demócrata lo hacía⁶⁹. En este sentido, es el lugar en el que era mayor la brecha de opiniones partidistas acerca de si su país había lidiado bien frente a la pandemia⁷⁰.

En concordancia con estas percepciones tan sesgadas por las preferencias partidarias, el contexto de la pandemia parecía incidir poco en las conductas

⁶⁹ NEWPORT 2020.

⁷⁰ En un estudio internacional realizado entre junio y agosto de 2020, en este país el 76% de los que apoyaban al partido gobernante opinaron afirmativamente a esta pregunta, mientras que solo lo hicieron el 29% de los que no lo apoyaban. Estas brechas eran altas también en Francia (89% a 55%), España (74% a 40%), Reino Unido (70% a 37%), mientras que eran menores en Italia (85% a 69%), Alemania (94% a 83%) o Bélgica (69% a 59%), por citar algunos ejemplos (MORDECAI — CONNAUGHTON 2020).

electorales: las estimaciones pre-electorales mostraban que la cantidad de muertes por Covid-19 en cada condado norteamericano presentaba un efecto pequeño sobre la orientación del voto (en los condados con mayores tasas de fallecidos por esta enfermedad, la intención del voto a Trump bajaba sólo un 2,5%, controlados otros factores)⁷¹. Los primeros análisis de los votos efectivamente emitidos, el pasado 3 de noviembre, muestran que en la mayoría de los condados donde la pandemia generó muchas muertes por habitante, la candidatura republicana incrementó sus porcentajes de adhesión en comparación con 2016⁷².

Lo más notable es que, en Estados Unidos, más que el Covid-19 haya incidido sobre las posiciones políticas, han sido las identidades políticas las que han influido en las representaciones sobre la pandemia. Si, como comentamos, antes de la llegada del Covid-19 ya había una importante diferencia en torno a la confianza en los científicos, esta brecha parece haberse agrandado: la proporción de republicanos que pensaban que la gravedad de la pandemia había sido exagerada triplicaba a la de los demócratas que tenía esta opinión⁷³; una tendencia que se mantiene incluso si se controlan estadísticamente otros factores⁷⁴. En esta misma dirección, se ha encontrado que, a mayor apoyo electoral a Trump, había menor percepción del riesgo por Covid-19 y menor respeto por el distanciamiento⁷⁵. En Latinoamérica, el caso brasileño también muestra esta relación entre identidades políticas y apreciación de la pandemia: en las localidades con mayor apoyo electoral a Bolsonaro se relajaron los cuidados y prevenciones por Covid-19⁷⁶. Podemos destacar que, en contraste, en Argentina, esta enfermedad era considerada una fuerte amenaza independientemente de las preferencias e inscripciones políticas, al menos en los inicios de la pandemia (aunque, ya en el mes de julio, se percibían algunas diferencias).

Uno de los pocos trabajos que ha procurado medir el impacto de la pandemia sobre las posiciones políticas en España muestra que, al comienzo de la misma, los individuos que habían tenido una persona cercana que había contraído Covid-19 respondían de modo más positivo a la frase indicadora de

⁷¹ WARSHAW — VAVRECK — BAXTER-KING 2020.

⁷² MCMINN — STEIN 2020.

⁷³ MITCHELL ET AL. 2020.

⁷⁴ ALLCOTT et al. 2020.

⁷⁵ BARRIOS — HOCHBER 2020; KUSHNER GADARIAN — GOODMAN — PEPINSKY 2020.

⁷⁶ AJZENMAN — CAVALCANTI — DA MATA 2020.

autoritarismo y reducían su preferencia por la frase democrática, en comparación con quienes no habían tenido casos cercanos. El mismo estudio encontró un claro aumento de las elecciones favorables a la tecnocracia, en relación con las respuestas que habían dado esos mismos entrevistados en enero de 2020⁷⁷.

Pero, más allá de estos datos, contamos con muy poca información que nos permita estimar qué deriva tendrá el impacto de la pandemia en las dinámicas políticas. Podemos conjeturar que algunos fenómenos incrementarán la capacidad interpelativa del neoliberalismo. En parte de la ciudadanía se ha ido gestando un creciente malestar con las formas de control que impone el combate a la pandemia, en especial en aquellos sectores más afectados por las prohibiciones de circulación. Al mismo tiempo, se han potenciado los procesos favorables a las actitudes más individualistas y al despliegue de la concentración económica. El mayor aislamiento favoreció las compras on-line⁷⁸ y se ha expandido, casi en forma instantánea, el teletrabajo. En líneas generales, la vida a través de la internet se corporizó de un modo que hasta hace unos meses solo era vivenciado por algunos/as. Se ha gestado una «desocialización generalizada de la existencia»⁷⁹.

Si bien ha habido un discurso centrado en la solidaridad, el contexto dificulta su práctica. Incluso, el propio concepto de solidaridad debe ser investigado para precisar las relaciones del sujeto con el otro al que se dirige la solidaridad: desde el micro-mundo familiar, hasta la idea de unidad nacional o, incluso, la noción de humanidad, que la propia pandemia ha estimulado como horizonte de percepción. En este sentido, consideramos importante indagar también las demarcaciones y las fronteras que en cada caso se han potenciado (o debilitado) en este contexto: fronteras entre hogares, entre barrios, entre clases sociales, entre grupos étnico-raciales, entre los géneros, entre grupos etarios, entre localidades, entre el ámbito rural y el urbano, entre provincias y entre regiones, en dinámicas estimuladas por las políticas estatales que impedían la movilidad, pero también resignificadas e, incluso, generadas desde los propios sujetos a partir de sus miedos y prejuicios sociales.

⁷⁷ AMAT — FALCÓ-GIMENO — ARENAS — MUÑOZ 2020, p. 14 y pp. 16-17.

⁷⁸ Así la plataforma latinoamericana Mercado Libre más que duplicó su facturación durante el segundo trimestre del 2020 con respecto al mismo periodo de 2019 (<https://tinyurl.com/3zkxycvh>).

⁷⁹ FOLLARI 2020.

Pero, al mismo tiempo, también se han generado situaciones que promueven una crítica a varios de los elementos propios del neoliberalismo. Muchas sociedades no toleraron que se dejara morir a una parte de sus integrantes, con tal que la economía siguiera funcionando, como pedían varios representantes del neoliberalismo. Tampoco se confió en el mercado como forma de resolver las necesidades de salud. Por el contrario, hubo una clara revalorización de las instituciones de coordinación y cuidados estatales, y los campos de la salud y la educación tendieron a erigirse como espacios que favorecieron la integración, la vinculación y el cuidado de la vida. En especial, aquellas y aquellos que vivieron de cerca cómo la mercantilización de la salud y el ajuste fiscal significó que no hubiera atención médica correcta para sus seres queridos, seguramente habrán incrementado sus actitudes críticas hacia el neoliberalismo.

También se han visualizado más las desigualdades sociales previas, que tendieron a agravarse o sufrirse de modos mucho más agudos en el contexto pandémico (como el hacinamiento o la falta de conexión a internet). Además, la virtualización de los contactos ha también tenido el efecto positivo de acostumbrarnos a largas y relativamente masivas reuniones a través de internet, lo que ha potenciado las posibilidades de construir espacios de debate y coordinación política que supere las limitaciones que imponía el requisito del contacto personal, abriéndose incluso nuevas posibilidades para los vínculos internacionales.

Por otro lado, la situación de encierro parece haber generado en algunos/as una reflexión sobre sus anteriores prácticas de consumo y, en términos más amplios, sobre el modo en el que las mismas definen el sentido de la vida y de sus preferencias culturales. Sin embargo, también es posible identificar enormes deseos de consumo que han estado reprimidos y que se despliegan ni bien las y los consumidores pueden salir a comprar o encontrarse en bares y restaurantes, tal como se ha visto en el verano europeo.

Regresando a la tapa del disco de *Supertramp*, con su protagonista que trataba de disfrutar de la vida más allá de su contexto deprimente, podemos observar, en una importante porción de la ciudadanía, cierta ansiedad por retomar su cotidianeidad “normal” y pasar la “crisis”, sin realizar demasiados replanteos acerca de sus prácticas y modos de vida previos a la llegada de la pandemia. Una encuesta realizada en España durante el pasado octubre, introducía una pregunta sobre estas temáticas afirmando que «a lo largo de estos meses de pandemia hay personas que han estado reflexionando o pensando sobre distintos aspectos de su vida», e interrogaba luego «si en estos

meses ha tomado decisiones o ha hecho propósitos para mejorar...» presentando diversas cuestiones como «sus hábitos de alimentación», «su actividad física», «su relación con la familia», etc. Solo dos temas podían vincularse con nuestro interrogante sobre los efectos político-ideológicos de la pandemia: un 22% respondió positivamente a la pregunta de si había «tomado decisiones o hecho propósitos para mejorar» «su relación con los/as vecinos/as», y un 26% en relación a si se había planteado «su implicación en actividades de voluntariado y de ayuda comunitaria». Pero, nos resulta más interesante detenernos en la respuesta a la siguiente pregunta (que era abierta) pues podía llegar a mostrarnos otro tipo de replanteos sobre el sentido de sus vidas o sus prácticas («¿Ha hecho durante estos meses algún otro, u otros, propósitos de cambio?»). Solo un 21% de los encuestados/as respondió afirmativamente. Pero lo más sintomático es que la mayoría de las respuestas, que detallaban cuáles han sido estos propósitos, se referían a aspectos más ligados a lo individual (cuidados personales, cambios de trabajo, de estudio, mejorar las relaciones familiares o de amistad, cambiar de vivienda, realizar viajes, etc.). Las respuestas vinculables a algún replanteo de sus formas de vida en un sentido más ideológico (agrupadas por el estudio en «consumir menos, ahorrar, economía en general»; o en «ser solidario/a, tareas de voluntariado, ayuda a los demás») solo suman el 1% del total de entrevistados/as. A ellos/as podrían agregarse un 2% que dio respuestas vinculadas a algún tipo de replanteo en sus tipos de vida («valorar más la vida, vivir una vida sencilla y tranquila»; o «cambio de vida, vivir en otro lugar, país») ⁸⁰.

Esperemos que nuevos estudios permitan conocer mejor el impacto de la pandemia en las subjetividades y las disputas por la hegemonía. Hoy por hoy, los gobiernos de derecha parecen tratar de aprovechar el contexto caótico (profundizado por sus propias políticas irracionales y de escasos cuidados) y consolidar sistemas políticos autoritarios que combinen apoyos activos de fanáticos del orden, apoyos más pasivos de masas guiadas por odios sociales y prejuicios (incentivados con *fake news* y un cuidadoso manejo de medios y redes sociales), una represión hacia los movimientos sociales y las fuerzas de izquierda (dentro de cierta legalidad; es decir, con el auxilio de un poder judicial tradicionalmente conservador), y la apatía de un gran sector despolitizado (aquí podremos encontrar desde sectores socialmente marginados y que no han logrado su organización política, hasta individuos

⁸⁰ CENTRO DE INVESTIGACIONES SOCIOLOGICAS 2020.

frustrados que hacen de la antipolítica una parte importante de su identidad). Sin embargo, no es posible verificar que hayan podido avanzar mucho en este sentido.

Por el otro lado, las amplias coaliciones de centro-izquierda e izquierda procuran aprovechar la revalorización del papel del Estado y de aquellos trabajadores y trabajadoras que se arriesgaron para mantener los servicios esenciales y el cuidado de la vida, para construir consensos más sólidos. En la medida que las fuerzas de derecha se deslicen hacia discursos cada vez más autoritarios, irracionales y de descuido de la vida, estas coaliciones de centro-izquierda pueden capturar a los sectores moderados. La clave, creemos, sería que lo hicieran evitando el giro “centrista” que caracterizó a las socialdemocracias en los años noventa. En cambio, deberían aprovechar la situación para consolidar un nuevo sentido común de carácter solidario y anti-individualista. Para lo cual es necesario promover reflexiones en torno a sentidos de la vida que tomen distancia del consumismo insustentable y del individualismo a él asociado y que, en cambio, promuevan articulaciones entre la idea del “buen vivir”, la integración social, el respeto por la diversidad, la solidaridad y el humanismo.

Referencias bibliográficas

ADORNO, THEODOR, 2009

Estudios sobre la personalidad autoritaria, en Adorno, Th. *Escritos sociológicos II, Obra completa*, 9, volumen 1, Akal, Madrid.

Ajzenman, Nicolas — Cavalcanti, Tiago — Da Mata, Daniel, 2020

More than Words: Leaders' Speech and Risky Behavior During a Pandemic, “Cambridge Working Papers in Economics”, n° 2034.

ALIAGA, LUCIANA, 2019

Revolução passiva e revolução-restauração: uma revisão conceitual, relazione al II Colóquio Internacional Antônio Gramsci, Marília (Brasil), UNESP, 9-13 settembre.

AMAT, FRANCESC — FALCÓ-GIMENO, ALBERT — ARENAS, ANDREU — MUÑOZ, JORDI, 2020

Pandemics meet democracy: Experimental evidence from the COVID-19 crisis in Spain. Disponible en: <https://osf.io/preprints/socarxiv/dkusw/>.

BALSA, JAVIER, 2006

Las tres lógicas de la construcción de la hegemonía, “Theomai”, n° 14, pp. 16-36.

ID., 2018

La crítica al objetivismo y la propuesta epistemológico-política contenida en el Cuaderno 11, “International Gramsci Journal”, Vol. 2, n° 4, pp. 3-36.

Materialismo Storico, n° 2/2020 (vol. IX)

ID., 2019a

Reflexiones en torno a la cuestión de la representación en El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte de Karl Marx, “Materialismo Storico”, n° 1/2019 (vol. VI), pp. 76-107.

ID., 2019b

Il contributo delle nuove interpretazioni di Gramsci alla delineazione della strategia politica contemporanea, “Materialismo Storico”, n° 2/2019 (vol. VII), pp. 194-220.

ID., 2020a

Una base lingüística de la teoría de la hegemonía. Algunos aportes, “Tram(p)as de la comunicación y la cultura”, n° 85, pp. 1-30.

ID., 2020b

Las lógicas de construcción de la hegemonía desplegadas desde los gobiernos petistas y kirchneristas, “Roteiro”, Joaçaba, v. 45, p. 1-28.

BALSA, JAVIER — LIAUDAT, MARÍA DOLORES, 2020

La investigación del consenso en las luchas por la hegemonía: una propuesta metodológica y su ejemplificación en el agro pampeano actual, “Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales”, Vol. 10, n° 2, p. 81 sgg.

Barrios, John Manuel — Hochber, Yael V., 2020

Risk Perception Through the Lens of Politics in the Time of the COVID-19 Pandemic, “National Bureau of Economic Research”, Working Paper n° 27008.

CALVO, ERNESTO — ARUGUETE, NATALIA, 2020

Fake News, trolls y otros encantos, Siglo Veintiuno, Buenos Aires.

CASIMIRO, FLAVIO HENRIQUE CALHEIROS, 2018

A nova direita. Aparelhos de ação política e ideológica no Brasil contemporâneo, Expressão Popular, São Paulo.

CENTRO DE INVESTIGACIONES SOCIOLOGICAS, 2020

Efectos y consecuencias del Coronavirus (I). Avance de resultados. Estudio n° 3298. Disponible en: <https://tinyurl.com/4rfdbbcb>.

COHGLAN, ANDY — MACKENZIE, DEBORAH, 2011

Revealed—the Capitalist Network that Runs the World, “New Scientist”, October 19.

COSPITO, GIUSEPPE, 2016

El ritmo del pensamiento de Gramsci, Peña Lillo, Buenos Aires.

CORTÉS, MARTÍN, 2017

Gramsci contemporáneo: ecos de la voluntad nacional-popular en América Latina, “Las Torres de Lucca”, n° 11, pp. 73-96.

COUNCIL OF ECONOMIC ADVISERS, 2016

Issue Brief. Benefits of Competition and Indicators of Market Power, 2016.

Disponible en: <https://tinyurl.com/8k7eeswc>.

Materialismo Storico, n° 2/2020 (vol. IX)

CROUCH, COLIN, 2012

La extraña no-muerte del neoliberalismo, Capital Intelectual, Buenos Aires.

DAL MASO, JUAN, 2016

El marxismo de Gramsci. Notas de lectura sobre los "Cuadernos de la cárcel", Ediciones IPS, Buenos Aires.

FILIPPINI, MICHELE, 2012

Antonio Gramsci e la scienza politica della crisi, en L. Durante, G. Liguori (a cura di), *Domande dal presente. Studi su Gramsci*, Roma, Carocci.

FRANCIONI, GIANNI, 1984

L'officina gramsciana. Ipotesi sulla struttura dei "Quaderni del carcere", Bibliopolis, Napoli.

FRANK, THOMAS, 2004

Los estadounidenses que votarán por George W. Bush. Despreciados por la "elegancia progresista", "Le Monde Diplomatique", n° 56.

FROSINI, FABIO, 2009

Crisi, en G. Liguori y P. Voza (comp.), *Dizionario Gramsciano, 1926-1937*, Carocci, Roma, pp. 175-179.

ID., 2010

La religione dell'uomo moderno. Politica e verità nei Quaderni del carcere di Antonio Gramsci, Carocci, Roma.

ID., 2017

¿Qué es la "crisis de hegemonía"? Apuntes sobre historia, revolución y visibilidad en Gramsci, "Las torres de Lucca", n° 11, p. 45-71.

FROMM, ERICH, 2012

Obreros y empleados en vísperas del Tercer Reich, Fondo de Cultura Económica-Lectura Mundi, Buenos Aires.

FUNK, CARY ET AL., 2019

Trust and Mistrust in Americans' Views of Scientific Experts, "Pew Research Center". Disponible en: <https://tinyurl.com/vbdwyuci>.

GALASTRI, LEANDRO 2010

Revolução passiva e jacobinismo: uma bifurcação da história, "Filosofia e Educação" [Campinas], Vol. 2, n° 1, p. 101-126.

GARCÍA LINERA, ÁLVARO, 2011

Las tensiones creativas de la revolución, Vicepresidencia del Estado Plurinacional, La Paz.

GRAMSCI, ANTONIO, 1981-2000

Cuadernos de la cárcel, Tomos 1 a 6, Era, México.

Materialismo Storico, n° 2/2020 (vol. IX)

GRIMSON, ALEJANDRO, 2019

¿Qué es el peronismo?, Siglo Veintiuno, Buenos Aires.

GUZZONE, GIULIANO, 2018

Gramsci e la critica dell'economia politica. Dal dibattito sul liberismo al paradigma della "traducibilità", Viella, Roma.

IPAR, EZEQUIEL, 2018

Neoliberalismo y neoautoritarismo, "Política y Sociedad", Vol. 55, n° 3.

KUSHNER GADARIAN, SHANA — WALLACE GOODMAN, SARA — PEPINSKY, THOMAS B., 2020

Partisanship, Health Behavior, Tand Policy Attitudes in the Early Stages of the COVID-19 Pandemic.

Disponible en: <https://ssrn.com/abstract=3562796>.

LA PORTA, LELIO, 2009

Crisi organica, en G. Liguori y P. Voza (comp.), *Dizionario Gramsciano, 1926-1937*, Carocci, Roma, pp. 180-182.

LUKÁCS, GEORG, 1983

El asalto a la razón. La trayectoria del irracionalismo desde Schelling hasta Hitler, Grijalbo, México.

MCMINN, SEAN — STEIN, ROB, 2020

Many Places Hard Hit By COVID-19 Leaned More Toward Trump In 2020 Than 2016, NPR, 6 de noviembre. Disponible en: <https://tinyurl.com/5aexa9u9>.

MITCHELL, AMY ET AL., 2020

Three Months In, Many Americans See Exaggeration, Conspiracy Theories and Partisanship in COVID-19 News, "Pew Reseach Center". Disponible en: <https://tinyurl.com/4cca9dvn>.

MORDECAI, MARA – CONNAUGHTON, AIDAN, 2020

Public opinion about coronavirus is more politically divided in U.S. than in other advanced economies, "Pew Reseach Center". Disponible en: <https://tinyurl.com/kvz7m7e>.

PHILLIPS, PETER, 2019

Megacapitalistas. La elite que domina el dinero y el mundo, Roca editorial, Buenos Aires.

PIKETTY, THOMAS, 2019

Capital e ideología, Paidós, Buenos Aires.

PIVA, ADRIÁN, 2020

Una lectura política de la internacionalización del capital. Algunas hipótesis sobre la actual fase de la internacionalización del capital y el Estado nacional de competencia, en V. Ciolli, F. Naspleda, R. García Bernado (comp.), *La dimensión inevitable: estudios sobre la internacionalización del Estado y el capital desde Argentina*, UNQ, Bernal, pp. 13-41.

Materialismo Storico, n° 2/2020 (vol. IX)

SAMAJA, JUAN, 1994

Epistemología y metodología. Elementos para una teoría de la investigación científica, Eudeba, Buenos Aires.

SOUSA, JESSÉ, 2017

A Elite do atraso. Da escravidão à Lava Jato, Editora Casa da Palavra, Rio de Janeiro.

STRECK, WOLFGANG, 2016

Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático, Capital Intelectual, Buenos Aires.

SUBCOMMITTEE ON ANTITRUST, COMMERCIAL AND ADMINISTRATIVE LAW OF THE COMMITTEE ON THE JUDICIARY, 2020

Investigation of Competition in Digital Markets. Majority Staff Report and Recommendations, U.S. House of Representatives, Washington.

VACCA, GIUSEPPE, 2017

Modernità alternativa, Il Novecento di Antonio Gramsci, Einaudi, Torino.

VITALI, STEFANIA — GLATTFELDER, JAMES B. — BATTISTON, STEFANO, 2011

The network of global corporate control, "PLOS ONE", Vol. 6, n° 10.

VOLOŠINOV, VALENTIN, 1992 [1929]

El marxismo y la filosofía del lenguaje, Alianza, Madrid.

Warshaw, Christopher — Vavreck, Lynn — Baxter-King, Ryan, 2020

The Effect of Local COVID-19 Fatalities on Americans' Political Preferences, Disponible en http://chriswarshaw.com/papers/covid_elections.pdf.

WRIGHT, ERIC OLIN, 2018

“El poder de la clase obrera, los intereses de la clase capitalista y el compromiso de clase”, en E.O. Wright, *Comprender las clases sociales*, Akal, Madrid.

ZEMELMAN, HUGO, 1992

Los horizontes de la razón, Anthopos/El Colegio de México, Barcelona.